

“LAS HUELLAS DEL PASADO”
SEMINARIO DE GRADO:
LITERATURA Y CIUDAD: INVESTIGACIÓN-CREACIÓN COMO
PROPUESTA PEDAGÓGICA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA



JENIFER ANDREA GARCÉS PÉREZ

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA
CASTELLANA
POPAYÁN
2019

“LAS HUELLAS DEL PASADO”
SEMINARIO DE GRADO:
LITERATURA Y CIUDAD: INVESTIGACIÓN-CREACIÓN COMO
PROPUESTA PEDAGÓGICA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA



JENIFER ANDREA GARCÉS PÉREZ

Trabajo de grado para optar al título de:
LICENCIADO EN LITERATURA Y LENGUA CASTELLANA

Director:
MAGÍSTER EDGAR ALBERTO CAICEDO CUELLAR

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
PROGRAMA DE LICENCIATURA EN LITERATURA Y LENGUA
CASTELLANA
POPAYÁN
2019

“LAS HUELLAS DEL PASADO”

SEMINARIO DE GRADO:

LITERATURA Y CIUDAD: INVESTIGACIÓN-CREACIÓN COMO PROPUESTA

PEDAGÓGICA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA

Contenido

I: “LAS HUELLAS DEL PASADO”: CREACIÓN LITERARIA Y PEDAGOGÍA.....	4
INTRODUCCIÓN.....	4
1. LA CREACIÓN LITERARIA: INVESTIGACIÓN-CREACIÓN EN TORNO A LA EXISTENCIA HUMANA.....	7
2. “LAS HUELLAS DEL PASADO”: POÉTICA Y CREACIÓN LITERARIA.....	15
2.1. Configuración de una poética narrativa.....	15
2.2. Fragmentos de entrevistas en profundidad.....	30
2.3. Fragmentos de la obra.....	31
3. CREACIÓN LITERARIA Y PEDAGOGÍA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA.....	34
CONCLUSIONES.....	43
II: LAS HUELLAS DEL PASADO.....	46
I. EL ORIGEN.....	47
II. OLVIDAR NO ES UNA OPCIÓN.....	59
III. EL PASAR DE LOS AÑOS.....	74
IV. YA NADA ES COMO ANTES.....	90
V. UNA PLEGARIA AL CIELO.....	108
BIBLIOGRAFÍA.....	115

I: “LAS HUELLAS DEL PASADO”: CREACIÓN LITERARIA Y PEDAGOGÍA

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación titulado *Las huellas del pasado*, tiene como propósito la relación entre la literatura y la ciudad, tomando el espacio como objeto de indagación existencial mediante un proceso de investigación-creación como propuesta pedagógica. Este proceso consta de dos partes, la primera corresponde a un ensayo que se divide en tres momentos: la *Creación Literaria*, donde se hace una reflexión sobre ésta y el sentido que tiene para el escritor, que constantemente se pregunta sobre la existencia; la *Poética*, en la que se reflexiona cómo la obra es concebida y organizada por el escritor; y finalmente en la *Creación Literaria y Pedagogía*, en donde se pone en evidencia la relación entre el proceso de investigación-creación como asunto pedagógico.

La segunda es la creación de una obra literaria (novela), la cual surge de una indagación existencial sobre el desarraigo, y la relación que tienen tres mujeres de distintas generaciones con el espacio (topofilia), lugar donde viven sus experiencias en un determinado tiempo; en esta novela se indaga sobre las creencias religiosas y costumbres de cada una de ellas, que han padecido el desarraigo en diferentes momentos de sus vidas. En la obra, el lector conocerá a Carmenza, mujer que protagoniza la historia, y quien debe abandonar su pueblo (San Lorenzo-Cauca),

junto con su esposo y sus tres pequeños hijos en busca de un futuro mejor; tendrán que empezar de nuevo en la ciudad de Popayán, donde crece su hija Antonia y nace su nieta Julieta. Para ello, tendrán que afirmarse en la memoria, las vivencias y recuerdos que las marcaron.

En los cinco capítulos de la novela *Las Huellas del pasado*, se relata lo ocurrido a tres mujeres, unidas por un fuerte lazo familiar, con tres estilos de vida diferentes, y de tres generaciones marcadas por el desarraigo que viven en cada etapa de sus existencias. Carmenza, Antonia y Julieta tendrán su debida importancia, y las historias estarán conectadas a lo largo de la obra.

Se escoge este género literario, porque permite mediar entre lo real y lo ficcional, partiendo todo desde una indagación sobre la existencia que surge en el escritor, ya que para empezar a tejer un texto se necesita de una pregunta, que abra la puerta a la escritura.

La investigación-creación como enfoque metodológico parte de una exploración sobre la ciudad como lugar donde se existe y se habita, espacio con el que el ser humano establece relaciones culturales, sociales, afectivas y de dependencia, que se abordan desde el concepto de “topofilia”, apoyados en los aportes de los investigadores Carlos Mario Yory y Gastón Bachelard. Estos aspectos posibilitan ahondar en la creación literaria, como proceso arraigado en lo más profundo del ser del escritor y la relación que mantienen con la espacialidad.

Este trabajo realizado en el espacio del Seminario de Grado con Énfasis en “Literatura y Ciudad”, centra su atención específicamente en la relación entre la

pedagogía, creación literaria, topofilia y poética, categorías claves para la indagación sobre la existencia. Se explora en ésta, la importancia de los lugares y su carga simbólica, que surge con la experiencia personal, para la recuperación de la memoria; al hacer esto, se preservan los recuerdos, que con el paso de los años tienden a desvanecerse, pero que gracias a la escritura se preservan.

1. LA CREACIÓN LITERARIA: INVESTIGACIÓN-CREACIÓN EN TORNO A LA EXISTENCIA HUMANA.

La creación literaria posibilita al escritor indagar sobre la existencia, preguntas e inquietudes que se generan en su mente, que puede contestar y expresar mediante la creación de una obra literaria (novela, relato, cuento, etc); para llevar a cabo su propósito, necesita investigar en profundidad lo que le causa interés, al mismo tiempo deberá leer a colegas que hablen del mismo asunto, para de esta manera poder desarrollar mejor el texto que se ha atrevido a escribir sobre algo que lo intriga. Una obra nace a partir de un acto de amor del creador, que pretenderá enamorar a quienes la reciben en sus manos, una vez finalizada.

Es importante resaltar, que toda investigación surge de una pregunta sobre la existencia, es por eso que quien escribe desnuda su alma al hacerlo, porque todo lo que plasma en el papel proviene de lo más profundo de su ser; pero también, ha sido inspirado por otros textos y autores para ir más allá de lo que ya está dicho, porque en la literatura nada se da por agotado; lo que realmente se hace es complementar y aportar algo nuevo a lo que reposa en otras obras.

La escritura es una reescritura en sí misma, que pretende mediante la creación de una obra, liberar la mente, el cuerpo y el alma, de todo aquello que ha hecho parte de la vida de alguien; ella es medicina y se puede expresar de diferentes maneras.

Para hablar sobre la creación literaria y los aspectos que la componen, se mencionarán a algunos autores que iluminan esta parte con sus aportes.

Milán Kundera en su obra *El arte de la novela* hace referencia a la existencia como una composición, una mezcla de posibilidades que puede ser explorada en la creación literaria por el novelista.

Los novelistas perfilan el mapa de la existencia descubriendo tal o cual posibilidad humana. Pero una vez más: existir quiere decir: "ser-en el mundo". Hay que comprender como posibilidades tanto al personaje como su mundo (1987: 2).

Lo que quiere decir, que la existencia juega un papel importante a la hora de construir un mundo, en el que los personajes realizarán determinadas acciones que lo harán hacer parte de una realidad, por medio de la ficción; además de transmitir una infinidad de sentimientos y emociones con las cuales el público lector se sentirá identificado, ya sea porque cierto suceso narrado le permite viajar en el tiempo y traer al presente unas vivencias importantes de su vida, o tal vez lo que lleva a cabo cierto personaje fue algo que pudo hacer, pero no se atrevió por las circunstancias que lo rodeaban.

Por otra parte, antes de iniciar un discurso, es muy importante saber de lo que se va a hablar, porque si no es así, nadie lo hará por usted, y sobre esto Rainer María Rilke afirma lo siguiente en su texto *cartas a un joven poeta*: "Nadie puede aconsejarle ni ayudarle, nadie. Solo hay un único recurso. Entre en usted mismo. [...] Una obra de arte es buena si nace de la necesidad" (1929: 8-9); para ello debe tener muy claro lo que desea transmitirle al lector, contar con la información necesaria para la creación de una obra; las preguntas existenciales ayudan mucho a la hora de empezar a escribir una historia, ya que son las que mantienen al ser humano en constante incertidumbre sobre el futuro, y esto conlleva a que haga uso de su memoria y reviva

momentos de su pasado que pudieron darle un rumbo diferente a su vida, haciendo de la obra literaria algo más profundo e interesante.

Vítor Manuel de Aguiar e Silva en su texto *Teoría de la literatura*, hace referencia a cómo el acto creador del poeta ha sido objeto de estudio:

Para algunos, el acto creador se presenta como un hecho racionalmente explicable; para otros, aparece como misterio insondable, cuyas raíces se pierden en lo más recóndito del alma humana o en lo impenetrable de los secretos divinos (1972: 103).

La inspiración de un escritor está en lo más profundo de su ser, de sus recuerdos, y de sus íntimas vivencias en un espacio y tiempo determinado, siendo ellas las que le permiten indagar sobre su propia existencia y la de los demás.

Referente a la obra literaria, Aguiar e Silva afirma “La obra literaria debe tener, por consiguiente, conexión con objetos, seres y hechos reales, debe sumergirse en la experiencia humana y en la realidad social” (1972: 109), es decir, que ésta se caracteriza por el contacto que el escritor tiene con la realidad, directa o indirectamente; ella es la que le brinda los recursos para escribir.

La escritura permite expresar lo que a veces no se puede decir con palabras o frente a un público; mediante el lenguaje escrito se explora infinidad de temas relacionados con la existencia, los cuales le brindan al lector, la oportunidad de escoger el texto con el que más se sienta identificado, y le permita llegar a una reflexión sobre eso que tanto le causa intriga y llama su atención.

Vargas Llosa hace la siguiente reflexión “Todas las novelas, cuentos, obras de teatro que he escrito han tenido un origen similar. Algo me ocurrió que me marcó de tal manera, que no pude evitar escribir una historia a partir de esa experiencia”. Con esto, Vargas Llosa hace una invitación a observar lo que rodea a cada uno, ya que la existencia aporta mucho al proceso escritural e ilumina la mente de quien quiere expresar algo. Cuando se escribe, se crea una realidad que involucra a unos personajes y las relaciones que éstos tienen con los espacios que habitan, los cuales adquieren una alta carga simbólica en sus vidas. Gastón Bachelard expresa en su texto *La poética del espacio*:

La casa [...] nos permitirá evocar, en el curso de este libro, fulgores de ensoñación que iluminan la síntesis de lo inmemorial y del recuerdo. En esta región lejana, memoria e imaginación no permiten que se las disocie. Una y otra trabajan en su profundización mutua. Una y otra constituyen, en el orden de los valores, una comunidad recuerdo y la imagen (1957: 29)

Al hablar de casa no se habla sólo de la que fue habitada en la niñez, se habla de todas las que nos han alojado, deseamos y los lugares que viven en nuestros recuerdos. Bachelard no toma la casa como objeto, sino como el espacio en donde se habita y se viven muchas cosas importantes de la vida, que son traídas a la memoria y le dan una gran significación a este lugar, donde se existe por primera vez. También agrega “el espacio, el gran espacio es el amigo del ser” (1957: 182), pues sin él no se podría existir ni habitar.

El espacio siempre va a estar arraigado al ser humano, así como las relaciones afectivas con los demás; es por eso que cuando se deja de habitar un lugar o de

mantener convivencia con alguien cercano, es difícil dejar todo en el olvido, ya que se crean vínculos muy fuertes con cada uno. El concepto que hace referencia a esto, es el de Topofilia, el cual define Bachelard como:

La topofilia es una categoría poética del espíritu desde la cual la percepción del espacio se mediatiza, no sólo por la experiencia sensible que pueda tenerse de él (“su positividad”), sino por la fuerte carga imaginativa a través de la cual se podría afirmar que éste entra en “valor”; o lo que es lo mismo, en “apropiada significación”, condición que le permite diferenciarse del espacio medible de la física o de la geometría para ostentar la categoría de “espacio vivido” o espacio vivenciado (2007: 49).

La topofilia se refiere a la importancia que el espacio tiene en la vida de quien lo habita, porque no es sólo el lugar físico el que permanece en constante relación con el ser humano, sino también las vivencias y acciones que se desarrollan en él, y hacen que éste adquiera valor; lo que le permite a un sujeto pensante experimentar la creación literaria, a partir de su contacto con el espacio; lo más fascinante de este proceso, es que no necesariamente se debe estar en el lugar de los hechos para poder escribir sobre las vivencias y grandes momentos que allí se llevaron a cabo, ya que la memoria permanentemente, revive los recuerdos importantes de la existencia de cada ser humano. Sobre la topofilia, Yory afirma lo siguiente:

La topofilia es una noción que alude tanto a la eventual relación de cada cuerpo individual con otros cuerpos individuales como a la relación del propio “cuerpo social” (al que de una u otra forma pertenecemos) con el topos mayor con el que en cada

caso se inscribe y, de tal suerte, responde: un barrio, una ciudad, una región, un continente o el mundo en general (2007: 53).

La topofilia también hace referencia a la relación que el individuo tiene con otros individuos en un determinado espacio, donde se viven una cantidad de experiencias inolvidables; es por eso, que cuando un individuo se desprende de otro, se generan sentimientos de todo tipo, por los momentos compartidos en un lugar.

Carlos Mario Yory hace referencia a lo que Tuan concibe como Topofilia:

En razón de lo expuesto, no podemos menos que disentir de la definición que Tuan le da a la topofilia, puesto que consideramos que la relación que los seres humanos establecemos con el mundo a través de los lugares en que vivimos, no es, en primera instancia, de tipo psicológico y, por tanto, proveniente de una simple adjetivación emocional (de un sentimiento), sino ontológica (marco desde el cual se constituye y hace posible el “sentido de pertenencia”), toda vez que, como señalamos, la misma expresa lo que Heidegger llamaría, “nuestro ser más propio” en tanto manera específica que determina y define nuestro particular “ser-en-el-mundo” (2007: 52).

La relación que el ser humano tiene con el espacio va más allá de la exterioridad, ya que es algo que se encuentra arraigado en lo profundo del alma, es por eso, que cuesta tanto desprenderse de un lugar cuando se cumple un ciclo en él, pues de inmediato llegan a la mente los recuerdos más íntimos que marcaron una etapa de la existencia, y que por consiguiente tocan las fibras más sensibles del cuerpo, manifestándose a través de una cantidad de emociones que en ocasiones son difíciles de controlar.

La creación literaria es fundamental para este trabajo de investigación-creación, emerge de una indagación existencial e interés del escritor, los cuales traen a la memoria los recuerdos más representativos de sus vivencias, que los expresa por medio del lenguaje escrito. Sneider Saavedra afirma lo siguiente:

La construcción de diversos mundos posibles que son configurados a partir de complejas acciones de pensamiento que, en el proceso de indagar la propia existencia, indaga el mundo construido intersubjetivamente y, consecuentemente, podría propiciar el efecto estético (2011: 39).

Es decir, que a la hora de construir mundos, se debe tener en cuenta las relaciones afectivas entre los personajes que los habitan, para que de esta manera no se pierda la ilusión de realidad que se produce al leer una obra literaria.

En este caso, la novela es el medio por el cual el investigador-creador pondrá en evidencia los resultados de su indagación; además tendrá la oportunidad de revivir momentos que marcaron su existencia; para hablar de este concepto se recurrirá a la reflexión de Milán Kundera en su obra *El arte de la novela*:

La novela es el lugar en el cual la imaginación puede explotar como en un sueño, ya que en ella es donde el escritor puede liberarse del imperativo aparentemente ineluctable de la verosimilitud, introduciendo cosas ajenas a su entorno, y en donde todo se hace posible. Por eso, la razón de ser de la novela es la de mantener el mundo de la vida permanentemente iluminado y la de protegernos contra el olvido del ser” (1987: 8).

La novela permite explotar al máximo la imaginación, porque no sólo se narran hechos reales, sino que también se crea un mundo paralelo a éste por medio de la ficción, que ayuda a escribir sobre cosas totalmente inverosímiles, pero que en el mundo que el escritor ha construido tiene un gran valor, lo cual quedará inmortalizado en una obra literaria.

Por medio de la creación de una obra, se logra plasmar todo lo que le causa inquietud al escritor, ya sea porque lo que quiere contar lo está viviendo, o simplemente lo ha observado de personas que se encuentran a su alrededor. La existencia siempre va a ser un motivo para escribir, expresar lo que el ser humano es, y lo que experimenta con el pasar de los años; esto ligado íntimamente con la importancia del espacio, lugar donde se existe, habita, y se mantiene relaciones afectivas con otras personas. Cada sitio que ha hecho parte de la existencia de alguien, alberga una cantidad de historias para contar, ya que quien escribe ha tenido una relación directa con éstos; pensar un determinado lugar, permite traer a la memoria, los recuerdos más importantes de un pasado, lo cual llena de nostalgia y sentimiento a la persona que ha compartido grandes momentos allí, con otras personas que marcaron parte de su existir.

De esta manera, la creación es entendida como el proceso en el cual el escritor investiga desde su existir; indaga desde lo que lo rodea y hace parte de su vida, esto incluye las relaciones afectivas, que son muy importantes para poder desarrollarse en un determinado lugar y tiempo, y todo esto, lo lleva a buscar una respuesta a una pregunta que le genera interés, y lo hará por medio de la creación de una obra

literaria, donde desnudará su alma por completo, al venir de lo más profundo de su ser, y de personas que son muy cercanas a él.

2. “LAS HUELLAS DEL PASADO”: POÉTICA Y CREACIÓN LITERARIA.

2.1. Configuración de una poética narrativa.

La poética es la respuesta estética, con la que el escritor evidencia la forma en la que concibe y organiza su obra. Por medio de ella, el escritor explora unos temas que surgen a partir de unas preguntas de orden existencial, que manifiesta en una obra literaria por medio del lenguaje escrito.

Milán Kundera en su obra *El arte de la novela* hace referencia a la existencia:

La novela no examina la realidad, sino la existencia. Y la existencia no es lo que ya ha ocurrido, la existencia es el campo de las posibilidades humanas, todo lo que el hombre puede llegar a ser, todo aquello de que es capaz (1987: 14).

El ser humano tiene infinidad de cosas por explorar, porque su presente, pasado y futuro se lo permiten, de acuerdo a unas acciones que realiza; no todos experimentarán lo mismo, porque cada uno tiene su propio estilo y percibe el mundo de diferentes maneras.

Aguiar e Silva en su texto *Teoría de la literatura* expresa “la creación poética se basa en la imitación de una realidad, de una naturaleza interior o exterior” (1972: 104); para escribir siempre se necesita de un motivo, y el más cercano es la realidad, cada uno tiene vivencias y recuerdos que hacen que la escritura fluya con facilidad y sea

algo exquisito; además de poner en evidencia la importancia de la existencia en el ser humano.

La pregunta de orden existencial que origina este proceso de investigación-creación, es la indagación sobre el desarraigo que padece el ser humano en algún momento.

El desarraigo es la pérdida de las raíces sociales, culturales, familiares, etc, que hacen que el ser humano sufra una extrañeza en su identidad, es decir, su vida se ve afectada emocionalmente cuando hace un desprendimiento sobre algo que tiene gran importancia en su existencia, ocasionando sentimientos de nostalgia, tristeza, añoranza, frustración, angustia, entre otros. Este se produce cuando se altera la cotidianidad individual o colectiva, en cuanto al lugar de residencia, las formas de convivencia, y las relaciones sociales; las causas más frecuentes que llevan a ello son: el exilio, las guerras, la pobreza y los problemas económicos. No se trata sólo de dejar un lugar por necesidad, trasladarse de un sitio a otro por ofertas laborales o de manera temporal, sino también de separarse de alguien que se ama y con quien se ha compartido un buen tiempo de la existencia.

Este tema es de suma importancia en la actualidad de Colombia, pues a diario se escuchan casos de personas que han tenido que abandonar sus raíces por la violencia, la agresividad de la naturaleza, y por las amenazas de muerte de los grupos ilegales del país; provocando esto que emigren de sus lugares de origen en contra de su voluntad, y emprendan nuevos retos en sus vidas como el proceso de adaptación.

La filósofa francesa Weil Simone, en su obra "Echar raíces" expresa:

Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos presentimientos de futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente (1949: 51).

El ser humano es un sujeto que está en permanente relación con lo que lo rodea, es por eso que cuando debe separarse de algo con lo que ha estado en contacto por un buen tiempo, genera melancolía y dolor.

Es triste tener que abandonar y separarse de algo que se quiere, porque al hacerlo se está rompiendo un vínculo afectivo que se ha cultivado durante un largo tiempo; en ocasiones es necesario desprenderse de lo que se quiere (lugar de origen, relaciones sociales, etc) por conseguir una mejor calidad de vida y estabilidad económica.

Weil Simone afirma:

El dinero destruye las raíces por doquier, reemplazando los demás móviles por el deseo de ganancia. Vence sin dificultad a cualquier otro móvil porque exige un esfuerzo de atención mucho menor. Nada tan claro y simple como una cifra (1949: 52).

El ser humano necesita del dinero para sentirse tranquilo, porque al tenerlo puede cubrir sus necesidades, es por eso que quienes lo necesitan y lo anhelan deben hacer grandes sacrificios para conseguirlo, eso incluye abandonar lo más preciado, la familia, el lugar de nacimiento, amigos, etc, convirtiéndose en ocasiones la necesidad en avaricia, que pone en peligro las relaciones afectivas con las cosas que lo rodean.

Con el desarraigo se pierde el sentido de la identidad, de todo eso que ha hecho parte del ser humano durante un determinado tiempo, produciendo cambios y que se genere un proceso de adaptación; el cual puede tardar o no, depende de la disponibilidad de cada persona.

La escritora alemana Mariela Katrín Ferrón en su artículo *Echar raíces: desarraigo y pérdida de identidad* expone:

Son diversas las actividades y cuestiones que se ven afectadas y es importante destacar la necesidad que surge de aferrarnos al hábitat, a lo autóctono, al entorno, a nuestro idioma. A la sensación de pertenecer a un lugar, es decir el sentido de identidad. El miedo al desamparo que experimentamos al alejarnos de aquello que alguna vez fue un refugio sociocultural y de apego emocional (s.f).

Siempre se tiene miedo al cambio, a lo desconocido, a las cosas con las que no se está familiarizado, a lo que hace que el ser humano salga de su zona de confort, porque de inmediato se generan diferentes emociones, las cuales pueden afectar en ocasiones, la vida de quien lo experimenta.

Ferrón cita lo que dice el profesor Emil Kraepelin:

El desplazamiento supone el duelo de la separación de lo anterior y de la adaptación a lo nuevo. Aunque el motivo de dicho movimiento sea positivo, la adaptación al nuevo lugar puede ser traumática y no siempre el traslado se hace por libre elección (s.f).

En Colombia, el desarraigo se origina fuertemente por el desplazamiento forzado, la falta de oportunidades laborales, de acceso a una vida digna y de calidad; ocasionando el abandono de un determinado lugar, y el rompimiento de las relaciones afectivas que se han entablado con diferentes personas durante algún tiempo.

Quien abandona su lugar de origen, las relaciones con sus seres queridos, y todo lo que ha hecho parte de su existencia desde que tiene uso de razón, es una persona que tiene carácter, valor y prioridades importantes en la vida.

[...] Para desplazarse y dejando atrás familiares y lazos afectivos para adaptarse a un nuevo lugar con sus costumbres, se necesita mucho valor y valentía. [...] esa persona que toma coraje para desplazarse siempre será un “valiente” y ese valiente, siempre será “alguien” (Ferrón, s.f).

Sólo los que tienen claro sus objetivos en la vida, son los que logran salir adelante donde quiera que las circunstancias los lleve, poniendo todo de sí para poder adaptarse rápidamente a las nuevas costumbres y a las nuevas relaciones afectivas que los demás le ofrecen.

Los resultados obtenidos de este trabajo de investigación-creación, se expresan y organizan en una obra de creación literaria (novela) que nace de una pregunta de

orden existencial sobre el tema del desarraigo y las creencias religiosas que vive el ser humano en determinado momento y espacio. ¿Quién no ha experimentado alguna vez la sensación del desarraigo?, ¿de qué manera?; por ejemplo, abandonando un lugar que tiene una carga simbólica para su existencia, por las experiencias vividas allí, los momentos de felicidad y tristeza que marcan una etapa determinada del ser humano, lo cual se almacena en la memoria por un período de tiempo, y ayuda al escritor a que el proceso escritural fluya de la manera adecuada, en el momento que lo necesite.

El motivo que me impulsa a investigar sobre el tema del desarraigo, son las anécdotas que he escuchado de mi abuela en las reuniones familiares. Éstas involucran las fuertes creencias religiosas que tienen las personas provenientes de un pueblo; como por ejemplo: cualquier cosa mala que suceda en él o a algún habitante, se le atribuye a los santos; las costumbres: los hijos mayores debían realizar las labores de la finca y criar al resto sus hermanos sin distracciones, eso significaba abandonar la escuela.

Todo esto me llevó a escribir una novela inspirada en las mujeres de mi familia (abuela, mamá e hija), teniendo en cuenta que somos tres mujeres de distintas generaciones, con un estilo propio y una forma de expresión diferente; tocadas de una u otra manera, en diferentes momentos de la vida por el desarraigo, las costumbres y las creencias religiosas, las cuales me permiten hacer un contraste entre ellas, involucrando de manera permanente el espacio, es decir los lugares que tienen una carga simbólica, significativa y emocional para estas tres protagonistas, que traen a la memoria sus más preciados recuerdos. Las historias basadas en

hechos reales que se recopilan con las entrevistas en profundidad, se desarrollan en la ciudad de Popayán y el pueblo de San Lorenzo-Cauca.

Escogí el género literario de la novela, porque me permite jugar con la realidad y la ficción, pues cuando se escribe, se parte de una indagación de orden existencial que le dará rienda suelta a la imaginación, haciendo de la obra algo brillante, que pone a pensar al lector qué tanto de lo que está escrito allí será verdadero.

Sobre esta reflexión, Milán Kundera en su obra *El arte de la novela* dice “La novela no es una confesión del autor, sino una investigación sobre lo que es la vida humana dentro de la trampa en que se ha convertido el mundo” (1987: 9); lo que quiere decir, que en muchas ocasiones el lector tiende a confundir el rol del autor y del narrador, atribuyéndole a este último todo el proceso de investigación que ha realizado sobre un tema determinado que expone de la existencia.

En la voz de Kundera, Hermann Broch dirá que:

Descubrir lo que sólo una novela puede descubrir es la única razón de ser de una novela. La novela que no descubre una parte hasta entonces desconocida de la existencia es inmoral. El conocimiento es la única moral de la novela (1987: 3).

Al escribir una novela se descubren cosas sobre la existencia que a simple vista no se ve, ya que esta permite indagar en lo más profundo del ser, con ella quien escribe aprende a conocerse y así mismo lo hace con los demás.

La novela *Las huellas del pasado*, consta de cinco capítulos que están basados en vivencias de mi abuela, mi madre y mías, las cuales serán narradas desde tres voces

femeninas diferentes, desempeñando cada una un papel importante dentro de la historia; los personajes principales son: Carmenza, Antonia y Julieta, quienes en cada capítulo narran desde una voz intradiegetica, los recuerdos más importantes de su existencia, tomando temas en común para hacer un contraste; entre ellos están, la religión, las costumbres, la educación y el amor, todo esto movido por el desarraigo que le da vida a esta investigación. El tiempo y el espacio también son muy importantes para cada personaje, cada uno se diferencia a la hora de hablar, ya que con el paso de los años evoluciona el vocabulario con que se comunica cada generación, y los lugares adquieren nuevas formas en su estructura; además el contexto en el que se desenvuelve una persona influye mucho en su manera de expresión, no es lo mismo criarse en un pueblo que en una ciudad.

El primer capítulo se titula *El origen*; en éste, Carmenza narra algunas de las cosas que le sucedieron en su niñez, las creencias religiosas que tienen en su pueblo, el sufrimiento que vivió a raíz del accidente de su madre, el dejar la escuela por dedicarse a la crianza de sus hermanos y a las labores de la finca, y termina con el accidente que sufrió a la edad de nueve años cuando se cayó de un árbol.

En el segundo capítulo, *Olvidar no es una opción*, continúa narrando Carmenza cómo fue el proceso de su recuperación, las costumbres que tienen en San Lorenzo, revela detalles sobre su primer amor, las consecuencias que generan los amores prohibidos, la organización que su padre hizo de su boda por conveniencia, y cierra contándole al lector el duro momento que vivió al dejar su pueblo por inconvenientes económicos, poco después del fallecimiento de su padre.

En el tercer capítulo, *El pasar de los años*, el narrador pasa a ser Antonia, quien cuenta los problemas que tuvo para terminar su educación secundaria, la relación con sus amigos, recuerda sus amores, su abuela, lo mal que la pasó cuando murió su padre; también recuerda cómo se llevaba con sus primos, quien fue el hombre que le robó el corazón y se convirtió en el padre de sus hijos.

El cuarto capítulo lleva por nombre *Ya nada es como antes*, donde Julieta, la menor de las tres mujeres, hija de Antonia y nieta de Carmenza, narra su experiencia con el mundo de las letras, cómo la lectura y la escritura estuvieron presentes en ella desde muy pequeña gracias a su madre; trae a su memoria a las personas que marcaron profundamente su vida académica, habla de su primer amor, de las relaciones personales, y finaliza haciendo una reflexión sobre la vida tranquila que ha tenido en comparación con la de su abuela y su madre.

El capítulo que cierra la novela, se titula *Una plegaria al cielo*, en el cual los tres personajes se encuentran en medio de un momento familiar, donde hablan sobre el futuro, lo que quieren que suceda durante ese año en curso, al acuerdo que llegan de pisar nuevamente el suelo por donde Carmenza corría y hacía sus travesuras cuando era niña, y termina con un emotivo reencuentro con el pasado por parte de la mayor de las mujeres, regresa al lugar que le dio origen a esta gran historia escrita desde lo más profundo del ser, y que responde a una pregunta de orden existencial, surgida por el tema del desarraigo.

El soporte bibliográfico que aportó a esta investigación fueron las entrevistas en profundidad a cada una de las protagonistas, y las lecturas que se hicieron de los siguientes autores con sus respectivas obras:

- José María Arguedas: Los ríos profundos
- Mariela Ferrón: Echar raíces: desarraigo y pérdida de identidad
- Juan Carlos Pino Correa: Noche de fusiles
- Ángel Rama: La ciudad letrada
- Weil Simone: Echar raíces
- Fernando Soto Aparicio: La rebelión de las ratas
- Marco Antonio Valencia Calle: Oscuro por claritas
- Carlos Mario Yory: Del espacio ocupado al lugar habitado: una aproximación al concepto de topofilia.

Ángel Rama en *La ciudad letrada* nos habla de cómo la ciudad está distribuida espacialmente, en el centro de ella está la élite, las instituciones de poder (la iglesia, el ejército, los administrativos), los que tienen el poder por ser personas letradas, que han tenido la oportunidad de progresar y ser alguien en la vida, mientras que alrededor de ellos se encuentran los marginados, los que están excluidos de todo beneficio; en mi novela, la ciudad de Popayán es el escenario principal donde estas tres mujeres que han padecido desarraigo, desarrollan su vida. Rama menciona a la iglesia como una institución de poder, siendo Carmenza y su madre, muy fieles a la religión y a todo lo que ésta representa; por ejemplo, ellas nunca se perdieron las fiestas de San Lorencito en el pueblo, y tampoco fue la excepción, las procesiones

de semana santa en la ciudad. La religión siempre ha estado presente en estas tres mujeres (abuela, madre e hija), unidas fuertemente por un lazo familiar, pero cada una cree en la existencia de Dios a su manera; en el centro de Popayán hay una iglesia en cada esquina, lo que significa que aún la ciudad blanca se rige por lo que la religión le ordena.

Carlos Mario Yory en su obra *Del espacio ocupado al lugar habitado: una aproximación al concepto de toponimia*, menciona la opinión que tiene Bachelard sobre lo que concibe como Topofilia, el cual define como una categoría poética del espíritu desde la cual la percepción del espacio se mediatiza, no sólo por la experiencia sensible que pueda tenerse de él (su “positividad”), sino por la fuerte carga imaginativa a través de la cual se podría afirmar que éste “entra en valor”, o lo que es lo mismo, en “apropiada significación”; condición que le permite diferenciarse del espacio medible de la física o de la geometría para ostentar la categoría de “espacio vivido”, o “espacio vivenciado” (2007:49).

En mi novela, las tres protagonistas crean fuertes lazos con cada lugar que habitan, lo que hace que al separarse de ellos, se generen una serie de sentimientos que en ocasiones son difíciles de controlar, por la cantidad de recuerdos que vienen a sus mentes cuando escuchan hablar de ellos. En este caso, Carmenza al oír lo cambiado que está su pueblo (San Lorenzo) por parte de sus paisanos, o los diferentes colegios por los que pasó Antonia y las travesuras que allí vivió con sus parceros, como ella los llama.

Tuan toma la *Topofilia* como sentimiento, la naturaleza y comprensión de ella no se busca en el espacio, sino en los modos como el individuo o grupo de ellos se relacionan con él mediante sus atributos, siendo nuestra disposición hacia los atributos del espacio, los que definen su idea de *lugar*.

El espacio juega un papel importante en las relaciones afectivas que cada individuo establece con los demás. Siendo este otro motivo de extrañeza para el ser humano cuando debe separarse de su círculo cercano de allegados; Carmenza por obligación debe alejarse de su familia para cumplir con su rol de esposa, esto significa trasladarse a la ciudad de Popayán con sus sueños rotos, y empezar una nueva vida con nuevas relaciones de amistad o de hipocresía. Lo mismo sucede con Antonia cada vez que llega a un nuevo colegio, debe comenzar de cero a recuperar la identidad que tanto la caracteriza y la hace feliz, pero con personas que ve por primera vez.

José María Arguedas en su novela *Los ríos profundos* muestra la realidad que vive una persona al desprenderse de su lugar de origen. Al viajar a otra parte puede haber diferencias entre clases sociales, razas y en la manera de comunicarse, este es el caso del protagonista de la historia, Ernesto, un joven de clase hacendada, que no le hace falta nada y se la pasa viajando con su padre de pueblo en pueblo, conociendo diferentes culturas, hasta llegar a su lugar definitivo Abancay, donde es obligado a quedarse por su padre, un abogado que recorre todo Perú en busca de clientes, en el internado religioso.

A Carmenza, la protagonista de la novela *Las huellas del pasado*, le sucede lo mismo que a Ernesto, es obligada a casarse con un hombre que no quiere. En los años sesenta estaba en furor los matrimonios por conveniencia, y Carmenza no se libró de eso. Además cuando abandonó su pueblo, estaba en constante movimiento entre Bolívar-Cauca, lugar donde trabajaba como maestra, y Popayán donde residía actualmente. Después de que por fin su esposo encontró un empleo con el cual comprar el pan de cada día, por fin pudieron quedarse permanentemente en la ciudad blanca.

Marco Antonio Valencia en su novela *Oscuro por Claritas*, habla sobre la ciudad de Popayán, las vivencias de los jóvenes que nacieron allí y que no se conforman con lo que las instituciones de poder les quieren imponer. Los medios de comunicación son muy importantes porque a través de ellos pueden denunciar los atropellos que a diario sufren los ciudadanos por parte de las fuerzas del estado, siendo los marginados los más vulnerables.

Popayán es la ciudad donde crece Antonia y nace Julieta, motivos por los cuales Carmenza acepta su realidad y toma otra actitud para acostumbrarse a su nuevo hogar, un lugar colonial y con costumbres muy diferentes a las suyas; un claro ejemplo es la llegada de la televisión al país y la circulación de los carros por las vías, algo que sin duda alguna llamó la atención de aquella mujer, que toda su vida se había movilizó a pie o a caballo, los únicos medios de transporte que hasta ese momento conocía.

En el caso de la novela *Noches de fusiles*, el narrador de la historia nos cuenta las dificultades que tuvo que pasar cuando se traslada del pueblo de Almaguer-Cauca a la ciudad blanca, de lo extraño que se siente al no tener a sus seres queridos al lado, ni el lugar favorito que visitaba con frecuencia, porque en él encontraba la paz que tanto necesitaba en las noches que los fusiles sonaban con tanta fuerza, la biblioteca era su segundo hogar, allí se olvidaba por completo de la realidad de su pueblo, el cual se veía afectado constantemente por la guerra y las tomas de los grupos guerrilleros, que se llevaban a los niños para la guerra; por eso al llegar a Popayán los pensamientos de persecución se hicieron intensos, en cada esquina se le hacía ver la silueta de algún criminal y su última vez en la tierra, lo invadía la intranquilidad de no saber qué pasó con su gente, pues cuando vio la oportunidad de salir del infierno no lo dudó dos veces y escapó del horror, hasta llegar a la capital del Cauca.

Carmenza no huye de su pasado ni del lugar donde nació, ella se va de su pueblo y se separa de su gente por buscar un mejor futuro para sus tres pequeños hijos, por complacer a su padre que la había casado supuestamente con el hombre más rico del pueblo. A diferencia del personaje de *Noches de fusiles*, Carmenza anhela volver a su origen, abrazar a los pocos amigos que aún viven y ser enterrada en el suelo que tanto corrió cuando era niña.

En la novela *La rebelión de las ratas*, su autor Fernando Soto Aparicio pone en evidencia la realidad que viven las personas que no forman parte de la ciudad, los que viven en un sector rural y son constantemente perturbados por personas de dudosa reputación con gran poder; Cristancho Rudecindo es un hombre que sale de su lugar de origen en busca de un futuro mejor para su familia, y piensa trasladarse a

Timbalí, por las referencias positivas que algunos le han dado de conseguir riqueza con facilidad; Rudecindo se genera una cantidad de expectativas sobre su futuro allí, pero lastimosamente no todo era como se lo habían pintado, porque nadie quería ayudarlos, excepto Cándida que los recibió en su humilde morada.

Jonás y Carmenza, personajes de mi novela, toman rumbo hacia Popayán en busca de mejorar su situación económica, al principio las cosas no son fáciles, el hombre de la casa no encuentra en que emplearse, hasta que gracias a su emprendimiento decide sortear la suerte en lo que le salga. Lo bueno de ellos fue que contaron con la ayuda de algunos conocidos de su madre mientras se organizaban. El temor de Carmenza de mudarse de lugar eran las pésimas referencias que le daban sus vecinos residentes allá, sobre lo complicado que era arrancar una nueva vida allá, ya que el trabajo era escaso y no tenían experiencia en nada que no fuera con las labores que organizaban en las fincas.

Tanto Weil Simone como Mariela Katrín Ferrón hacen una reflexión sobre el desarraigo, sus consecuencias y el proceso de adaptación que éste conlleva, en sus respectivas obras.

Simone en *Echar raíces* menciona los diferentes motivos que llevan al desarraigo y al rompimiento de las relaciones afectivas con los demás. Una clara razón de ello, es la falta de dinero y la búsqueda de una mejor calidad de vida. Esto es lo que sucede con Carmenza y su familia, que deben alejarse de su gente y del espacio donde han desarrollado parte de su existencia; empezando en Popayán un proceso de adaptación y recuperación de su identidad; lo mismo sucede con su hija y su nieta,

cuando deben cambiar de colegio en busca de una mejor educación, esto implica alejarse de las personas con las que han creado un vínculo de amistad durante un determinado tiempo.

Ferrón en *Echar raíces: desarraigo y pérdida de identidad*, reflexiona sobre lo que implica abandonar el lugar de origen, eso incluye la relación con los demás; para que ese proceso de adaptación al nuevo lugar de residencia sea más llevadero, se necesita de un grupo de personas con aspectos comunes, que no le permitan sentir la ausencia de ese lugar arraigado que tuvo que dejar atrás, por buscar un futuro mejor.

Antes de partir a la ciudad, Carmenza no estaba muy convencida de que sus vidas mejorarían allá, pero al pasar el tiempo y al acostumbrarse a las nuevas cosas que el entorno le ofrecía, le fue tomando cariño a ello y a la suerte que les estaba empezando a cambiar; su hermana Edith estaba cerca suyo con sus sobrinos, y su esposo por fin tenía un trabajo estable con el cual poder responder por las obligaciones del hogar. La adaptación a la ciudad fue de a poco, y ahora se siente muy bendecida por todo lo que tiene, por todo lo que ella y su esposo consiguieron a pulso, siempre pensando en el bienestar de sus hijos, siendo un ejemplo a seguir y unos guerreros por dejar atrás tantos bellos momentos que vivieron en su pueblo, y que ahora están en la memoria y pueden contarle al resto de la familia.

2.2. Fragmentos de entrevistas en profundidad

Carmenza: El pueblo de San Lorenzo lleva ese nombre por el santico que ayuda a la gente en las cosechas, salud y protección. Cuando la gente le prometía algo al santo

patrono y no lo cumplían, se les metía en la cabeza que lo malo que pasara era un castigo de él por haber faltado a la palabra.

Antonia: En la biblia dice que no se debe adorar imágenes de barro, de yeso o madera, porque ellos ni ven, ni oyen, ni entienden. Por eso, yo no voy a la iglesia, cuando necesito comunicarme con Dios lo hago por medio de la oración.

Carmenza: Me acuerdo mucho que en el pueblo las relaciones entre primos llovían, por donde se miraba había una pareja casados, para la familia de ellos parecía estar bien porque las herencias no quedaban en manos ajenas, pero para la gente del pueblo eso era un pecado mortal y no lo aprobaban.

Antonia: A mí siempre me ha gustado relacionarme con todos, no me gusta eso de que los niños estudian con niños y las niñas con niñas, era una tortura tener que verme a escondidas con mis amigos a la salida del colegio.

Julieta: Desde pequeña mis padres me han inculcado el amor por Dios, por eso no creo que sea necesario profesar una religión para estar en contacto con él, pero eso a mi abuela no le ha gustado para nada, ya que ella es muy católica.

Carmenza: En mi pueblo, los hijos mayores se encargaban de la crianza de sus hermanos, eso significaba tener que abandonar la escuela.

2.3. Fragmentos de la obra

- ✓ Al mirar a lo lejos esas verdes montañas y ese azul maravilloso del cielo, me acuerdo del lugar donde nací, crecí y viví mis mejores momentos. No pierdo la

esperanza de volver allí algún día. ¡Quién sabe cuándo! Mi alma anhela ver de nuevo a aquellas personas con las que compartí tantas cosas, bueno a los que se hayan quedado, porque no volví a tener noticias de ellos desde que me vine para la ciudad. [...]

- ✓ Mi familia era muy religiosa, íbamos a misa tres días por semana, los martes, los jueves y los domingos, el último día era donde más gente asistía, pues iban al confesionario a contarle al padre todas sus faltas, [...]
- ✓ En el pueblo la gente es muy devota; en el mes de mayo se celebran las fiestas de la virgen, cada semana un grupo se encarga de la pólvora y las novenas. En junio se realiza la procesión del sagrado corazón de Jesús, la gente del pueblo lleva flores y velas para adornarlo [...]
- ✓ En el año 1982 ingresé al colegio San Agustín, ¡otra vez con niñas!, yo quería estudiar con niños, así como mi prima Magda en el Ulloa, pero mis padres insistían en que no, porque algunos eran muy gamines y problemáticos, no me quedó de otra que seguirles la corriente.
- ✓ Empecé mi vida escolar a muy temprana edad, a los tres años, en realidad era un gran desafío para mí desprenderme de mis padres, con los cuales había estado dos años de mi vida en casa jugando, bailando, cantando, haciendo desorden, bueno, lo que hace todo niño a esa escasa edad. [...]
- ✓ Mi abuela no pudo contener las lágrimas al escuchar hablar de su pueblo, gente, y de lo bonita que se encontraba la iglesia, para ella fue muy especial que nosotros volviéramos a pisar un templo sagrado, ya que desde hace seis años no lo hacíamos [...]

3. CREACIÓN LITERARIA Y PEDAGOGÍA DE LA LENGUA Y LA LITERATURA.

La lectura y la escritura son de suma importancia para la vida, le permiten al ser humano acercarse al lenguaje y con él empezar a crear historias que brotan de su imaginación; y no sólo esto, también puede expresar infinidad de emociones, experiencias, ideas e inquietudes sobre el mundo que habita, mediante la palabra escrita.

Los primeros en conducir al niño hacia el maravilloso mundo de las letras son los padres, quienes durante los primeros años de vida de los pequeños se encargan de cumplir la función de maestros; explicándoles de manera oral cada significado de las cosas que forman parte de la vida, para cuando aprendan a leer y a dominar el lenguaje escrito, todo eso que ha observado, escuchado y memorizado, tome forma y sentido.

La escuela se convierte en el segundo hogar de un niño durante un buen tiempo, donde aprenderá la importancia que tiene la lectura en cualquier ámbito de la vida, pues sin ella no se podría viajar al mágico mundo de la ficción de los cuentos infantiles, que es lo primero que se lee en la niñez cuando se ha dado inicio al proceso de aprendizaje del lenguaje.

Teresa Colomer en su obra *Andar entre libros* hace referencia a lo que son las primeras experiencias con la lectura “La formación de un lector, radica en las interacciones que se tuvieron en la infancia. [...] la lectura de cuentos es el aprendizaje lector que más se beneficia de “métodos de enseñanza” ajenos a la

escuela” (2005: 99). Los cuentos ayudan muchísimo a la fluidez de lectura en los niños, hacen que sus lenguas se suelten poco a poco hasta leer de corrido; también pueden llevar un libro al lugar que quieran y abrirlo para saber qué pasa en él a la hora que deseen, además de estar estimulando de una manera sana su imaginación, con la que más adelante empezarán a escribir sus propias historias inspiradas en aquellos textos que leyeron en sus primeros años de existencia.

Delia Lerner en su libro *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario* afirma:

[...] En efecto, la lectura y la escritura aparecen siempre insertas en las relaciones con las otras personas, suponen interacciones entre lectores acerca de los textos: comentar con otros lo que se está leyendo, recomendar lo que se considera valioso, discutir diversas interpretaciones de una misma obra, intercambiar ideas sobre las relaciones entre diferentes obras y autores... (2001: 94).

Por eso leer no es sólo un acto individual, también es un acto colectivo, ¿en qué sentido?, en el sentido de que no hay que guardarse nada de lo que está escrito en un libro, hay que socializar con los demás lo que nos llamó la atención o nos sacó de quicio en la historia que leímos, recomendar las obras que nos parecieron estupendas, conocer las opiniones de los otros en cuanto a sus interpretaciones.

Lerner hace mención de lo que piensa Olson (1998) sobre el tema:

El dominio de la escritura es una condición social; cuando leemos o escribimos un texto participamos de una “comunidad textual”: de un grupo de lectores que también escriben y oyen, que comparten una determinada forma de leer y entender un corpus

de textos. [...] Para dominar la escritura no basta con conocer las palabras, es necesario aprender a compartir el discurso de alguna comunidad textual, lo que implica saber cuáles son los textos importantes, cómo deben ser leídos o interpretados, cómo deben ser aplicados en el habla y en la acción (2001: 94).

Para leer y escribir no sólo se deben conocer las palabras, también se necesita saber las opiniones de un grupo respecto a lo que se ha conocido a través de unas obras.

Ahora bien, si se habla del papel que juega la escuela en el aprendizaje de la escritura, se debe tener en cuenta las estrategias a emplear; por ejemplo, a la hora de introducir al estudiante en la creación literaria, se le debe dar alas para que lo haga, no se impone el tema, se le da la libertad de que investigue lo que llama su atención, que haga lecturas de su agrado para que lleve a cabo el proceso de escritura; el objetivo es que lo intente, que haga sus primeros borradores, para que en un futuro se convierta en un buen escritor. Sobre esto, Lerner dice:

Leer para escribir, es decir, para profundizar el conocimiento que se tiene sobre el tema del artículo que uno está escribiendo o de la monografía que debe entregar; leer para buscar informaciones específicas que se necesitan por algún motivo (2001: 127).

Cuando se va a dar inicio a la creación de una obra, es importante tener un tema para hablar e investigar sobre él, para que de esta manera fluya la escritura del texto y tenga sentido lo que en él se encuentra.

Hay que tener en cuenta la relación entre lectura y escritura en el proceso de enseñanza-aprendizaje, ya que sin una no existe la otra, pues no se puede escribir

sin antes conocer un poco sobre el tema que le dará vida al texto que se desea elaborar; y de igual manera mientras se escribe, hay que seguir nutriéndose de lecturas que ayuden al proceso.

Lerner dice lo siguiente sobre esta vital relación:

[...], la escritura se constituye en un instrumento que está al servicio de la lectura, ya sea porque es necesario tomar notas para recordar los aspectos fundamentales de lo que se está leyendo o porque la comprensión del texto requiere que el lector elabore resúmenes o cuadros que lo ayuden a reestructurar la información provista por el texto (2001: 145).

La escritura en la escuela ayuda al niño a poner en funcionamiento su mente, desde recordar la historia del primer libro que leyó, la película que le encantó, las cosas que le pasaron cuando era niño, para luego, con todas esas experiencias construir un texto. Para explicar lo que significa la habilidad de escribir, se hará referencia a lo que dicen los *Lineamientos curriculares de la lengua castellana*.

[...] No se trata solamente de una codificación de significados a través de reglas lingüísticas. Se trata de un proceso que a la vez es social e individual en el que se configura un mundo y se ponen en juego saberes, competencias, intereses, y que a la vez está determinado por un contexto socio-cultural y pragmático que determina el acto de escribir: escribir es producir el mundo (1998: 27).

Para escribir se necesita tener unos saberes, no es hacer por hacerlo; primero se debe tener una pregunta de orden existencial, luego investigar y complementar las

lecturas que se han hecho del tema que causa interés, para después dar inicio a la creación de un texto, que involucra el mundo.

Sneider Saavedra en su ensayo *La creación literaria en el ámbito educativo: de la estructura superficial a la construcción narrativa de la realidad* afirma sobre la creación literaria “Se reconoce al texto literario como composición artística con intencionalidad estética, con el fin de configurar una práctica educativa distintiva con respecto a la producción de otro tipo de textos” (p. 397). Lo que quiere decir, que al niño desde que empieza a leer y a escribir, se le debe enseñar que existen diferentes tipos de textos, y que el literario se destaca por que le permite a quien escribe indagar sobre su existencia, y relaciones con el espacio y el resto de individuos que hacen parte de su vida.

En el proceso de la escritura, se debe tener muy en cuenta lo que los estudiantes plasman sobre el papel, ya que muchos maestros caen en el error de observar primordialmente la parte gramatical de aquellos, algo sin duda importante para que el texto tenga coherencia y cohesión discursiva, pero no privilegian la actitud creativa del alumno que hizo todo lo posible por darle cuerpo a algo que salió de lo profundo de su imaginación, lo cual se debe cultivar para que no se pierda y tampoco tomen distancia de las letras. Respecto es esto Saavedra hace alusión a lo que opina Cassany:

El profesor corrige básicamente los errores gramaticales que han cometido los alumnos. Le interesa que los textos que escriban éstos sean correctos según la norma establecida. En cambio, no tienen en cuenta otros parámetros como la

originalidad, la claridad de las ideas, la estructura, el éxito comunicativo, el grado de desarrollo del texto, etc. (2003: 401).

De eso se trata el proceso de escritura, aprender de las equivocaciones, nadie nace aprendido, todo se logra con esfuerzo, dedicación, perseverancia, y colocándole mucha atención a las correcciones que los maestros hacen de los textos, ya que esto lo hacen para que se mejore en la redacción, y no para causar malestar a nadie.

En los *Lineamientos curriculares de la lengua castellana*, también se hace énfasis en esta falencia, según Emilia Ferreiro:

[...] Parecería que existiese un afán por llenar el espacio en blanco con alguna información. Este hecho se puede asociar con las exigencias de la escuela que, en muchos casos, pide al estudiante una determinada cantidad de escritura sin una preocupación por la calidad o la pertinencia de la producción de sentido. Por esta razón el estudiante opta por transcribir fragmentos del texto del afiche que iba incluido en el cuadernillo de evaluación (1998: 42).

Lo que significa, que al ejercer presión sobre el estudiante en cuanto a la proporcionalidad de su nota con la cantidad de escritura, se está limitando su capacidad de pensamiento, ya que al sentirse presionado, la imaginación e inspiración se debilitarán por cumplir con unas exigencias impuestas por un currículo tradicionalista, llevando a que los niños escriban cualquier cosa no más por cumplir, por llenar las hojas en blanco que se han dado en clase, sin importar si responde a una motivación que nace de su sentir; esto genera fastidio a la elaboración de algún tipo de texto. Para evitar que se siga presentando esta falencia, se debe motivar al estudiante a que comprenda que la escritura es una experiencia de la vida, y que el

dominio de ella, crea en él una conciencia y posibilidad de relacionarse críticamente con el mundo.

La relación entre lectura y escritura es fundamental en este proceso de investigación-creación sobre el desarraigo, y su relación con el espacio (ciudad), ya que para poder llevar a cabo la creación de mi obra *Las huellas del pasado* y obtener conocimientos sobre este tema, y las relaciones del ser humano con el espacio, tuve que nutrirme de interesantes lecturas que tocan este tema; algunas de ellas son *Oscuro por Claritas* del escritor payanés Marco Antonio Valencia, *Noches de fusiles* de Juan Carlos Pino, *La rebelión de las ratas* de Fernando Soto Aparicio. Ellas me iluminaron con la manera de narrar los sucesos más importantes en las historias de mis tres personajes mujeres, y a darle forma a cada una con sus expresiones.

Con este proceso de investigación-creación se puede aportar a la pedagogía, ya que cuando se hace el ejercicio de leer y escribir, se ponen en práctica algunas competencias; *la enciclopédica*, que aporta a los conocimientos previos que se tiene sobre determinado tema; *la poética*, ayuda a expresar por medio del lenguaje escrito una idea; y *la literaria*, es la que pone en juego la relación entre lo que se lee y lo que se escribe; por eso es tan importante que cuando un maestro invite a un niño a escribir, él haya vivido esa experiencia de tomar un libro para adquirir conocimientos, y luego proceda a escribir desde su interior, porque si no el ejercicio no funciona; imponerle al niño a escribir sin tener idea de lo enriquecedora que es esta experiencia, es realizar algo sólo por cumplir con unos requerimientos que exige la escuela, y así este proceso no aporta nada para su aprendizaje e introducción al mundo de la creación literaria.

Cuando se enseña, hay que tener pasión por lo que se hace, y buscar estrategias didácticas para que el aprendizaje de la lectura y la escritura sea más fácil e interesante para quien está sentado en un pupitre fijando su mirada en un tablero. Para llevar a cabo esto, lo primero que se debe hacer es facilitarle lecturas a los estudiantes sobre temas que llamen su atención, para que después investiguen en profundidad sobre ellos, y así puedan darle rienda suelta a su imaginación a través de la creación de un texto, que ha salido de lo más profundo de su alma y motivación.

Un recurso que influye mucho en el proceso de la escritura de los niños son los programas de televisión, más que todo las series de súper héroes. ¿Quién no ha querido ser uno alguna vez? Luchar contra el mal y ser aclamado por los habitantes del espacio en que se mueve. Todos a esa edad lo desean, lo cual hace que sus textos tengan un poco de ficción mezclada con la realidad del contexto que los rodea; o anhelan una vida diferente a la que llevan, creando un personaje inspirados en ellos, en su diario vivir, y en todas esas dificultades que le sirven de fuente de inspiración para crear no solo una, sino muchas historias relacionadas con su existencia.

La escritura se afianza con la experiencia, cuando tomamos un lapicero y un papel, u oprimimos teclas en el computador para darle vida a una idea que se posa sobre nuestras cabezas, que en la mayoría de los casos surge por preguntas que nos hacemos sobre nuestra existencia, y todo esto se debe reforzar desde la escuela; la escritura se debe emplear en todo lo que nos rodea, dejar que el niño escriba sobre su diario vivir, eso daría para muchas obras literarias; lo bueno de la educación en

este momento es que se está fomentando mucho en la creación literaria; en cada clase los maestros incentivan a escribir a sus estudiantes, desde ensayos, reseñas, hasta resúmenes que les permita conocer el avance de cada estudiante, en la lectura y capacidad que tienen para ser críticos ante cualquier tema que se les brinde.

Esto es de suma importancia, ya que la lectura le permite a un sujeto desarrollar la habilidad de pensar y cuestionarse sobre lo que sucede alrededor, haciéndose una serie de preguntas que sólo podrá responder siendo crítico en la manera de ver el mundo, de percibir su propia existencia, y expresarlo mediante la creación de una obra que le permita hablar sobre lo que le intriga, y lo que sabe de otros escritores que también sintieron la misma necesidad de conocer mejor la realidad.

CONCLUSIONES

Este proceso de investigación-creación involucra fuertemente la lectura y la escritura, que permiten darle forma a una obra que surge de la necesidad por saber sobre un asunto de la existencia; para llevar a cabo esta investigación sobre el tema del “desarraigo”, se necesitó profundizar sobre éste, por medio de lecturas que han sido trabajadas por otros autores sobre lo mismo; también fueron muy importantes las entrevistas en profundidad de las protagonistas de la novela *Las huellas del pasado*, en las cuales están basadas las historias sobre el desarraigo y las creencias religiosas que cada una ha vivenciado, tanto en un pueblo como en la ciudad. Partiendo de todo esto, se procede a darle inicio y rienda suelta a la escritura y a la imaginación, ya que sólo algunas de las experiencias de las protagonistas son reales.

Cuando se hace a conciencia este ejercicio de leer y escribir, se gana demasiado, porque a la hora de transmitirle conocimientos a un grupo de estudiantes con sed de ser los mejores en la creación literaria, no sólo se cuenta con la parte teórica que es de suma importancia, sino que también se cuenta con la experiencia de haber vivenciado ese proceso, el cual requiere de mucha concentración, ganas, motivación y pasión por lo que se desea investigar y contar; no sólo basta con tener una idea o una pregunta, se necesita más que eso, se necesita tiempo, mucha lectura y bastante información sobre el tema que se quiere desarrollar y hablar en una determinada obra literaria, que puede ser desde un cuento, poema, hasta una novela.

Ya con una experiencia obtenida, se le puede enseñar de manera más divertida e interesante al estudiante el proceso de lectura y escritura, las cuales tienen una relación vital de coexistencia, pues sin la una no se puede llevar a cabo la otra; de qué le sirve a un niño anhelar escribir sobre algo corto, si no tiene ni idea de lo que es coger un lápiz y asentarlo sobre un papel con ideas propias, para dejar volar su imaginación, si por ejemplo, en la escuela nunca ha leído un libro, o nunca ha escrito nada diferente a lo que el maestro le dicta en su cuaderno.

A los estudiantes se les debe brindar las herramientas necesarias para que le tomen cariño a la creación literaria; dejar que ellos mismos se pregunten sobre el mundo que los rodea, las cosas que quieren tener en un futuro, y lo que desean ser cuando crezcan; hacer de todas esas vivencias, algo agradable en una obra que surja de lo más profundo de su alma y su imaginación. Ser un constante apoyo para que desarrollen sus ideas, eso significa facilitarles lecturas agradables que respondan a sus temas de indagación existencial, y los ilumine en el camino de la escritura. Porque para qué hacer de ella algo fastidioso, si se pueden crear grandes mundos con ella, y expresar una cantidad de emociones que el ser humano tiene con cada acción que realiza, en diferentes lugares que habita, relacionándose afectivamente con otros seres que existen en el mundo.

Elaborar este trabajo de investigación fue muy gratificante y satisfactorio, ya que al trabajar sobre la creación literaria y elaborar una novela como obra, teniendo en cuenta los diferentes espacios donde se viven hermosos momentos, se adquieren y complementan muchos saberes, los cuales se pueden transmitir a unos futuros estudiantes; se aprende que para uno llevar a cabo algo con éxito, se necesita estar

a gusto con lo que se hace, sino no se debe esperar nada positivo de algo que es impuesto y restringido, además de tener muy claro los lugares que van a permitir el desplazamiento de unos personajes, los cuales siempre van a tener indagaciones de orden existencial, que por lo general son los que aquejan a quien escribe.

II: LAS HUELLAS DEL PASADO

Obra de creación literaria

Novela

*Pueblito de mis cuitas, de casas pequeñas
por tus calles tranquilas corrió mi juventud*

José A. Morales

I. EL ORIGEN

Al mirar a lo lejos esas verdes montañas y ese azul maravilloso del cielo, me acuerdo del lugar donde nací, crecí y viví mis mejores momentos. No pierdo la esperanza de volver allí algún día. ¡Quién sabe cuándo! Mi alma anhela ver de nuevo a aquellas personas con las que compartí tantas cosas, bueno a los que se hayan quedado, porque no volví a tener noticias de ellos desde que me vine para la ciudad. No sé quién más habrá seguido mis pasos, dejar nuestro pueblito en busca de un futuro mejor para nosotros y los niños, ninguno quiere que pasen necesidades, lo que se busca es que luchen por sus sueños y aspiren a hacerlos realidad.

Me llamo Carmenza, soy de San Lorenzo, un corregimiento del municipio de Bolívar- Cauca, el cual siempre voy a llevar en el corazón, no importa el lugar donde me encuentre. La calle principal va desde la entrada de Bolívar, la plaza de mercado hasta la salida de la plaza de San Pablo. El pueblo anteriormente tenía calles de tierra, luego las hicieron de piedra y cemento, así estaban hasta que me vine para la ciudad; esas calles inclinadas y de piedra son muy parecidas a la de la iglesia La Ermita, por eso cada vez que voy a misa y subo por esas piedritas me acuerdo de mi hermoso pueblo. La iglesia está ubicada en la parte más alta del pueblo, porque según la gente, San Lorencito se apareció allí. Los techos de las casas están hechos de barro y bareque, son de color café, las paredes son construidas con chaclas y adobes que los mismos habitantes del pueblo preparan con tierra amarilla apisonada por los caballos; los adobes hacen que las casas sean muy frías, estos son como ladrillos, pero más grandes, se ahorra mucho tiempo al pegarlos, debido a esto el olor a humedad es intenso, por lo que hay que abrir puertas y ventanas para que se aireen.

Bueno les sigo contando sobre mí, tengo cuatro hijos, tres hombres y una mujer, la cual me hace hinchar el pecho de orgullo, siempre ha sido muy centrada, y en el amor es toda una

experta, ya ni me acuerdo cuántos novios intenté espantarle, pero no se dieron las cosas, pues ella iba un paso delante de mí, y no me funcionaron las estrategias para que ellos se aburrieran y la dejaran tranquila. Me acuerdo mucho, la vez que un muchacho llamado Jairo fue a la casa para que lo dejara salir con ella y yo le dije que no, pero esa chiquilla ni corta ni perezosa se me voló, yo me di cuenta porque bien entrada la noche con un fuerte viento de lluvia se abrió la ventana, obligándome a dejar mis cobijitas calienticas para ir a mirar lo que sucedía, en efecto confirmé lo que sospechaba, su cama estaba vacía y tendida; al otro día no se imaginan el castigo que se ganó por desobediente, pero aun así es la mejor hija que cualquier madre desearía tener.

Mi infancia no fue fácil en el pueblo, tuve que criar a mis seis hermanos, dejé de hacer las cosas que todo niño hace a los seis años: jugar, ir a la escuela, saltar en los charcos de barro que se hacen cuando llueve; la última vez que me embarré todita como un marranito fue a lo cinco años con un grupo de amigos que vivían al lado de mi casa; a mi mamá le tocó limpiarle la cara a uno por uno para ver quién era su hija, ya que todos éramos de la misma estatura, sólo Ismael era la excepción, quién sabe que le daban a ese niño de comer además de cuy para que fuera tan alto, le decían manguera, eso le molestaba tanto que se ponía como un tomate y empezaba a echar madrazos, tanta era su rabia que se ahogaba al hablar, pobre Isma. Qué habrá sucedido con él, lo último que supe fue que estaba en Bogotá, en un internado para corregir su disciplina y “hacerlo más fuerte”, yo con él me sentía tranquila y protegida, siempre lo vi como una amiga más.

Yo soy la mayor, le ayudaba a mis padres en la finca, sembrábamos yuca, papa y arracacha, además tenía que estar pendiente del ganado, también teníamos unos caballos muy hermosos, cinco de carga y tres de silla, los cuales siempre han sido apetecidos por los vecinos del pueblo. Una de mis tantas tareas cuando llegaba a casa, era escoger los cuyes que irían a la olla con agua hirviendo, para así poder quitarles el pelo más fácil antes de que

llegaran mis padres de la finca. Esos animalitos andaban corriendo por toda la cocina, ya que debajo de la hornilla tenían su hogar abastecido con hierba, debían permanecer calientes para que no se murieran, ese era el único lugar que siempre mantenía el calor del fogón, y para que no se escaparan se les ponía un pedazo largo de madera en la entrada.

Una vez escogí los cinco cuyes que irían a la olla, puse el agua a hervir y los tomé uno a uno de debajo de la hornilla, eran tan tiernos que daba lástima cocinarlos, pero recordaba lo rico que sabían y mi corazón no intercedía más por ellos. Eran dos negros, uno más grande que el otro, y los otros tres eran cafés; ese día me llevé el peor susto de mi vida, ya había echado a la olla tres, faltaban dos (el grande color negro y uno café); cogí el negro, lo puse boca abajo y le aplasté la cabeza con las manos, lo dejé en el suelo mientras iba por el otro, cuando veo es que el cuy negro estaba corriendo de nuevo con los demás, me asusté muchísimo, ¿pero cómo?, si le había acabado de quebrar el cuello, y así pasó cinco veces más, no me quedó de otra que santiguarme y rezarle a Dios para que me protegiera de ese demonio y quedara bien quemado; al fin tomé el valor de cogerlo por última vez y hacerle con el cuchillo una herida en su delicado cuello, botó mucha sangre, esta vez sí chilló y lo lancé a la olla, puse más leña para que la llama fuera abundante, hasta que al fin se quedó allí quieto, luego les limpié el huequito por donde hacen sus necesidades con una pluma de gallina. Cuando regresaron mis padres les conté lo que había sucedido y no me creyeron, me dijeron que dejara de ir en las noches a donde Margot (mi vecina y amiga de la misma edad), a escuchar historias de espantos que contaban las personas mayores del pueblo.

Siempre me había llamado la atención escuchar detrás de la paredes las historias que contaban los amigos de mi padre, ellos se reunían en la sala de la casa los días miércoles, y yo aprovechaba que mi madre se ponía a rezar en su habitación para oír las conversaciones ajenas; una vez escuché que a don Román se le había aparecido un hombre bajito, con ruana, que llevaba un gran sombrero puntudo y andaba en un burro, según él, era el

“sombrerón”, el cual se le aparece con frecuencia a los borrachos del pueblo, entonces la mitad de ellos han de ser amigos de él y hasta lo invitarán a tomarse unos cuantos traguitos, fue a la reflexión que llegué aquella noche; gracias a Dios fuera del cuy ese que no quería dejarse cocinar, no he tenido ningún otro inconveniente; líbrame de eso señor, de que mis ojos vean alguna cosa que no sea de mi agrado y de que mis oídos escuchen alguna ofensa o algún ruido poco conocido. Me santigüé y seguí escuchando el relato de don Joaquín, que le decía a mi padre —compadre, ese tipo se bajó del burro y le dijo al compadre “deje la bebida, no haga sufrir a su familia, que un día de estos se van a aburrir y lo van a dejar, eso si primero no me lo llevo a usted”, ese hombre se puso pálido, se le bajó todo, y lo único que pudo tartamudear fue “se lo prometo, no volveré a tomar ni vino cherry”, se echó la bendición y salió a correr como si lo estuvieran persiguiendo; ¡qué susto compadre!, por eso yo dejé la bebida cuando me enteré de eso, que tal no volver a ver a la familia.

—Tiene razón compadre, yo sin mi familia no soy nada, ahora que lo dejen tirado a uno sin perro que le ladre, me moriría de tristeza; yo a mi mujer y a mis hijos los quiero mucho, y no voy a dar papaya para que nada malo nos pase.

—Compadre, si la última vez que llegué gateando a la casa, mi mujer me dijo “o cambia o me voy con los niños”; eso ya me lo había dicho desde hace tiempo y no había hecho nada, no cumplía su amenaza, pero cuando Juanchito me contó eso, se me enfrió todo y me puse juicioso a cuidar la finca, me arreglo todos los días y trato de conquistar a mi señora a diario, para que no se aburra de mí y no permita que me pierda en la bebida otra vez.

Mi madre me vio y me mandó a dormir, menos mal, porque ellos se quedaron hablando y tal vez pude asustarme más; esa noche miraba a todos lados, medio escuchaba algo y me cubría la cabeza con la cobija, me costó mucho conciliar el sueño, no sé a qué horas me dormí, hasta que mi madre me dijo:

—Carmenza levántese, son las cuatro y media, vístase para que vaya a ordeñar las vacas y coja el café, que en media hora su papá se va para San Pablo a ver qué puede comprar, muévase que es para hoy, no me haga enojar que amanecí de buenas pulgas.

Menos mal había amanecido de buen genio, no me imagino si hubiera estado brava, me hubiera acariciado con el látigo que arrear a los caballos.

Me alisté, me lavé la cara, tomé agua de panela con un pancito y me fui a traerle la cafeína a mi padre, quien era feliz tomándola todos los días, sin ella no podía empezar la jornada; él era muy estricto y severo con los castigos, por eso trataba de no hacerlo enfadar; gracias a él tengo el carácter que tengo, soy muy seria en mis cosas, eso no quiere decir que sea amargada; sólo era diferente, una niña con una vida de adulto, no tenía tiempo de ser normal, pues había una lista de tareas que me esperaban cada mañana.

Al volver mi padre de San Pablo nos sorprendió su actitud, había traído regalos para todos, a mí y a mi hermana Edith nos trajo una muñeca y una cocinita; mi primera amiga, con la que podía andar para arriba y para abajo sin que me reprochara nada, pues yo pensaba más como un adulto, por eso Margot me dijo una vez —No eres la misma niña de hace dos años, ahora me hablas sólo de cosechas, el tiempo en el que se da mejor el café y cómo ordeñar una vaca, lo siento pero necesito a alguien que me explique la tarea, que se ría de mis chistes, dónde está la Carmenza que jugaba conmigo en el lodo, y hacía enojar a sus padres por ensuciar la ropa con las moras que apretábamos con los dedos hasta estallarlas y sacarle todo ese juguito, extraño a mi amiga, a esa pequeña niña risueña y miedosa que se asustaba cuando escuchaba algo raro.

Esto me marcó para siempre —cuando encuentres a mi amiga, dile que pase por mi casa, que estaré feliz de volver a hablar con ella y contarle todo lo que me ha pasado en la escuela desde que ella no volvió —dijo Margot.

Llegué a mi casa muy triste, mis padres no se dieron cuenta de lo que me pasaba, no los culpo, pues si ellos no trabajaban, las pocas cosas que quedaban en la finca se marchitarían y nos quedaríamos sin alimentos, ¿qué puede ser peor que estar deprimido y no tener nada que comer?

Mi familia era muy religiosa, íbamos a misa tres días por semana, los martes, los jueves y los domingos, el último día era donde más gente asistía, pues iban al confesionario a contarle al padre todas sus faltas, entre ellas: las borracheras que se habían pegado durante la semana, por la cantidad de tierra que le habían robado al vecino por codicia, por haber tumbado al compadre con el dinero dado por una vaca o un caballo, y algunas mujeres tenían el descaro de decirle al padrecito que se habían dado besitos y agarrado las manos con el marido de su comadre; de nada les servía sacar todo eso, porque a la semana siguiente ya no eran sólo besitos; bueno, la cosa era que terminaban enredados en la cama y se excusaban en que la tentación se había apoderado de sus cuerpos; de verdad que me daban pena los adultos, no podían inventar algo mejor para justificar sus pecados; Una señora llamada Isabel estuvo en boca de todo el mundo cuando fue pillada por una gran cantidad de habitantes entrando a su casa a don Epifanio, un hombre casado, con siete hijos, quien era un descarado completo, se la jugaba a su mujer hasta en su propia huerta, eso sólo lo supimos Margot, Maritza, Ismael y yo, pero nunca dijimos nada para no herir a sus hijos que eran amigos nuestros, ese era un secreto que se llevó primero a la tumba Maritza y ahora lo saben ustedes.

En el pueblo la gente es muy devota; en el mes de mayo se celebran las fiestas de la virgen; cada semana un grupo se encarga de la pólvora y las novenas. En junio se realiza la procesión del sagrado corazón de Jesús, la gente del pueblo lleva flores y velas para adornar el anda, también se ve muchas luces de colores y cohetones. En agosto no pueden faltar las novenas a San Lorencito para que las cosechas sean buenas, abundantes y prósperas. Las

fiestas del santo patrono se realizan del primero al diez, en ese tiempo sus habitantes le piden salud, protección, abundancia, trabajito en las fincas, y a cambio le prometen cualquier cantidad de cosas, desde dejar de tomar, no meterse con el marido ajeno, hasta dejar de robarle al vecino parte de la tierra que con tanto esfuerzo ha cultivado. Si las promesas no se cumplían, existía un gran temor entre los feligreses de que algo muy malo podría suceder; pero eso no se quedó sólo en pensamiento, pues don Jeremías le hizo el feo a la celebración, y prefirió subirse al techo a arreglar una gotera, con tan mala suerte que se largó de allá y se desnucó; mucho se habló de eso, y se le atribuyó al santo, quien se había enojado por la desobediencia de aquel buen hombre.

Las mujeres se ponían mantillas en la cabeza para ir a las procesiones y a la iglesia a comulgar, mientras que los hombres usaban camisas de manga larga y sombreros que se quitaban al entrar al templo sagrado.

Mi madre era demasiado creyente, no consentía nada con la religión; era católica, apostólica y romana a morir, no dejaba de ir a misa si no era por fuerza mayor o porque tenía que ir a los pueblos cercanos a vender las cositas de la finca.

Cuando mi padre se iba a San Pablo a vender lo de las cosechas, yo acompañaba a mi viejita a ordeñar las vacas, pues no me gustaba que se fuera solita; me acuerdo tanto de ese día, tenía siete años, mi madre me levantó a la misma hora, nos fuimos despacio, caminamos bastante hasta llegar a la finca de la montaña, íbamos a traer unos treinta litros de leche, teníamos seis vacas allá; mi madre saludó a todo el mundo y le dijo a la empleada que le trajera un butaquito y unas vasijas para poner la leche allí. Ella siempre tenía la costumbre de estirar su pierna derecha totalmente y la izquierda quedaba medio flexionada; se concentraba tanto que no prestaba atención a lo que sucedía alrededor; mientras ella exprimía a las vacas, yo disfrutaba del paisaje, de las verdes montañas, la neblina, el olor a

café y el aire puro; cuando me dio por mirar al fondo y vi que un toro de grandes cachos venía hacia mi vieja, yo me quedé paralizada, no supe que hacer, no pronuncié palabra alguna hasta cuando vi que la vaca que estaba ordeñando le brincó encima de su pierna derecha, y luego la mandó a volar al fondo del río mayo.

En ese momento me volvió el habla, salí corriendo hacia el lugar donde cayó mi madre, lo único que yo decía era “mi mamá, ¿mamita, me oye?, mi mamá está tirada allá abajo”. Salí corriendo hacia la casa de la familia Zúñiga a pedir ayuda, don Tobías, un angelito de Dios, convocó a todos los vecinos para poder sacarla de ese hueco; armaron una camilla con palos, sabanas y cuerdas; unos cuantos se metieron allá y la sacaron con mucho cuidado. Ella estaba inconsciente, moradita por todos lados y su pierna totalmente quebrada, que hasta el hueso se le veía; me vine abajo, las lágrimas brotaron de mis ojos sin cesar, me impactó muchísimo verla así; para mí ella era mi heroína, mi mujer maravilla, una guerrera que en ese momento tenía sus ojitos cerrados.

Estaba desesperada, no sabía qué hacer, no concebía una vida sin ella, pensé lo peor, le pedí mucho a Dios que no me la quitara, que ella era una buena mujer, madre, esposa, vecina, y tenía ocho hermosas razones por las cuales salir adelante.

A los dos días mi madre recuperó la razón, abrió nuevamente sus ojos, de nuevo las lágrimas no se hicieron esperar, la abracé como nunca, y le dije en repetidas ocasiones que la amaba. Los vecinos le dieron de comer y beber, le decían que tenía que hacerse ver de un médico, que esa herida no estaba bien y que esa rotura era de operación; al escuchar esa palabra, mi viejita se puso más pálida de lo que estaba, pues ella siempre ha sido una mujer muy sana y le daba pavor los hospitales. Unos la alentaban y otros le metían miedo para que no viajara a la ciudad, le decían: “misia Lucrecia, ni se le ocurra ir por allá, yo he escuchado que a las personas que sufren ese tipo de accidentes y dejan avanzar la infección, lo único

que les hacen es cortarle la pierna, ¡Dios mío líbranos de eso!” y se santiguaban hasta cuatro veces.

Mi padre le dijo que no se preocupara, que todo iba a estar bien, que no le importaba vender todo lo que tenía con tal de verla curada y alentada, siendo la misma de siempre, ¡qué bonito amor el de estos dos!; mi madre no estaba segura de querer viajar a la ciudad, y la entiendo, que tal quedarse sin una pierna y no poder hacer lo que tanto le gustaba, que era trabajar en la finca y llevar sus productos a los pueblos cercanos. Mi hermano Gonzalo le insistía demasiado en ir a Popayán a visitar un buen médico para que le arreglara la pierna, en ese momento me comí el cuento completo de que lo hacía por ella, pero con el tiempo me di cuenta de que no era así, él tenía segundas intenciones con todo esto.

La situación de mi madre empeoró, la infección se propagó por toda la pierna, el dolor era insoportable y ni hablar de las fiebres que le daba, sus gritos se escuchaban en casi todo el pueblo. Mi pobre vieja deliraba sin parar, tenía conversaciones con mi abuela y los hijos que perdió, fueron cuatro bebés los que murieron; las aguas medicinales que le daban los Zúñiga no le hacían ningún efecto. Un vecino de Bolívar había escuchado lo sucedido con mi madre y le dijo a mi padre que había un buen yerbatero que venía de la Cruz- Nariño, pero el problema era que había que viajar hasta Briceño para poder contar con sus conocimientos ancestrales, a lo que mi viejo no le vio ningún problema, él se moría por su esposa y haría lo que fuera por ella.

Llevaba un año y medio en ese estado mi pobre vieja, no quedó de otra que llevarla sin su consentimiento hasta Briceño, todo era por su bien, ella no estaba en sus cinco sentidos, por lo que se le hizo fácil a mi familia llevarla hasta allá. Todos esperábamos que de verdad ese señor fuera tan bueno como lo pintaba don Tiberio, pero lo que nos dijo nos dejó fríos, no había nada que hacer, tocaba cortarle la pierna para que el resto del cuerpo no se viera

comprometido; ya nos estábamos dando por vencidos, cuando ñor Serafín nos dio una lucecita de esperanza, dijo que haría su mayor esfuerzo en buscar un antídoto que parara la infección, pero eso sí con una condición, que apenas la erradicara, lleváramos a mi madre a la capital, donde un buen médico que pusiera ese hueso en su lugar. No dudamos en decir que sí, que era un trato.

Nos fuimos para la ciudad, mi padre, mi hermano Gonzalo y yo, los otros se quedaron en el pueblo a cargo de una vecina de lo más de querida, misia Dorita, quien se encargó de cuidarlos hasta que volvimos a la casa. La estadía y los gastos médicos eran muy costosos; mi padre estaba preocupado y azarado con la situación, que no le quedó de otra que vender parte del ganado para poder mantenernos allá por un buen tiempo. Le dijo a Gonzalo que fuera al pueblo y vendiera dos vacas, el otro ni corto ni perezoso, no lo pensó dos veces, cogió maletas y se fue.

Gonzalo llegó al pueblo en busca de dinero, gracias a Dios siempre ha habido personas interesadas en nuestras vaquitas, por lo que no fue difícil encontrar clientes. Mi hermano vendió cuatro vacas; según las personas que le compraron los animalitos, le dieron quinientos pesos por dos, y setecientos por las otras, así que en total fueron unos mil doscientos pesos, y el muy descarado llevó apenas cuatrocientos pesos para los gastos de esa semana, el resto se los tragó en guarapo con los amigotes que tenía, que eran unos canaleros de lo peor, cuando lo veían sin un sólo centavo en el bolsillo le hacían el feo, pero eso sí cogía tres pesos y le caían, como si tuvieran olfato o algún aparato que les dijera que no andaba pelado. Pasaron dos años de sufrimiento y necesidad lejos de nuestro pueblito, pero todo valió la pena por ver de nuevo a la vieja de pie, me hizo tanta falta su cantaleta; por fin iba a ver repuesta a aquella mujer fuerte, a la que nada le quedaba duro, y la que con cada golpe que le dio la vida, aprendió una lección, ¿cuál era esta vez?, no confiarse ni de

los animales que parecen calmados; con eso que pasó no volvió a ordeñar una vaca en su vida.

Dos años estuvo mi madre acostada en una cama, fue duro, pero gracias a Dios y al Santo patrono la teníamos de vuelta. Todo marchaba bien, creí que la vida nos daría más tiempo de ser felices y disfrutar de nuestros padres, pero desafortunadamente no fue así, no sé por qué la vida a veces es tan difícil, no la entiendo, un día estamos bien y al otro estamos tocando fondo.

Después de todo eso tan complicado que vivimos, se me metió en la cabeza volver a la escuela, tenía ocho años, había aprendido a sumar, restar y multiplicar con las cartillas de mis hermanos, pues era yo quien les hacía las tareas. Mis padres me apoyaron y me matricularon para el grado primero de primaria, era la más grande del salón en edad. Pero la dicha no me duró demasiado, al cumplir los nueve años todo se derrumbó para mí.

En la escuela estaban organizando un paseo, mis padres no querían dejarme ir y fue la profesora quien los convenció, les dijo que la niña merecía un tiempo de diversión, que sólo se la pasaba en la casa y que le tocaba muy duro; ella sabía que yo hacía todo, y con eso los convenció. Estábamos en una montaña, había un árbol grandote, a mis amigos se les ocurrió la gran idea de amarrar una cuerda y unas tablas en unas ramas secas, y yo toda inocente fui el conejillo de indias, me tiré de primera, probando cómo había quedado el invento. Me lancé, la rama se quebró y salí volando a gran distancia cerca de un alambrado y una quebrada de grandes rocas; fue tan duro el impacto que me quebré las costillas y la espalda, y ni hablar de la cabeza que fue la que más llevó. El médico le dijo a mis padres que no podía volver a la escuela debido a la gravedad del golpe en el cerebro, ni siquiera la cabeza, "el cerebro", que iba a tener problemas con la memoria, y hasta hoy en día los tengo.

Pasaron los años y me quedé sin estudiar, cómo me hubiera gustado no haber ido a ningún paseo y haber terminado el colegio, tal vez otro hubiera sido el cuento.

II. OLVIDAR NO ES UNA OPCIÓN

Pasaron siete meses para que yo pudiera levantarme de la cama, estaba completamente enchumbada, por lo que no volví a pisar un salón de clases; me hacía falta estar en contacto con niños de mi edad, yo misma sentía que me comportaba como una vieja, sólo hablaba de cosechas, ganado y cuyes; ¡cómo me gustaría estar comiendo uno en este momento! Margot, Ismael y Maritza vinieron a visitarme todo ese tiempo, me contaban lo que hacían en la escuela, los juegos que aprendían provenientes de por allá del exterior, y yo ni brincar la cuerda podía; me da tanta risa acordarme de la vez que cogimos la cuerda de colgar ropa para jugar; mi mamá se enojó muchísimo porque ensuciamos la ropa que ya estaba limpia, la arrinconamos en un rincón lleno de mugre, parecía como si algún animal hubiera defecado encima, pero era pura tierra no más. Me gané varios rejazos por juguetona, pero siento que los valió.

Cuando me alivié del todo, por fin pude salir a la calle y ver a todos mis amigos, con los cuales salí a jugar el cinco y seis de enero, en las populares fiestas de negros y blancos; nos echábamos polvo hasta no saber quién era quién, no faltaban a los que nos llenaban los ojos de harina por distraídos, pues en ese tiempo no existían las gafas protectoras. Yo me escapaba de mi casa por la huerta, las gallinas no colaboraban mucho que digamos, hacían escándalo por montón, al igual que un perro del vecino, al cual siempre le tuve miedo por lo grandote que era. Mis tres amigos me esperaban al final de la cuadra para llegar hasta la plaza del pueblo donde se concentraba la gente, hacía mucho frío, algunos usaban ruanas, sombreros y hasta bolsas negras de basura.

Esos polvos olían lo más de rico, me provocaba no botarlos en los demás, y echármelos a mí misma; estaba tan feliz que me olvidé de todos, no me acordé de que había salido sin permiso de la casa; eran casi las nueve de la noche y yo estaba en la calle pasándola de lo

lindo, hasta que vi a ñor Teo y se me bajó hasta lo que no tenía; se preguntarán quién es él, pues es el vecino de al lado que me tenía entre ceja y ceja por no quedarme callada cuando no estaba de acuerdo con lo que le decía a mi padre, y tampoco con la actitud de su hija conmigo; Cleotilde era una envidiosa, yo era mejor que ella en la escuela, la superaba en todo, en carisma y en conocimiento, fue poco lo que pude estar en ese bello lugar, pero aprendí mucho. Ese señor apenas me vio hizo una cara de “la tengo en mis manos Carmenza, le voy a ir con el chisme a su papá, ese viejo tonto que se deja robar en las narices”.

No le di tiempo de que saliera de su boca lo que vio, le dije a los chicos que corrieran por sus vidas, pues me había pillado ese viejo metido y ladrón de ñor Teo, corrí lo más que pude pero mi padre estaba en la puerta esperándome con un reajo; mis amigos trataron de interceder por mí, pero fue inútil, me cogió fuerte del brazo y me metió a la casa, mi madre no se metió para nada, pues yo había cometido una falta y merecía un castigo, y lo acepté sin más remedio.

Mi padre me pegó sin tanta fuerza, pues él entendía que yo era una niña de diez años, que necesitaba un poco de diversión después de tanto sufrimiento, pero tenía que corregirme para que ninguno de nosotros le faltara al respeto, y así seguir manteniendo su autoridad, lo que a mí me faltó en más de una ocasión con mis hijos, sino ellos serían diferentes el día de hoy.

Seguí trabajando en la finca, echándole todas las ganas para que progresáramos cada día, pero sentía que mi esfuerzo no era bien remunerado, no me dejaban salir ni a la esquina, me sentía presa en mi propia casa, necesitaba respirar aire puro, por lo que le insistí a mis padres que me volvieran a matricular en la escuela, ya tenía diez años, iba para el grado segundo de primaria, mientras que mis compañeros ya iban para el bachillerato, no sé por

qué el destino se empeñaba en que yo me quedara sin estudiar, siempre había algo que lo dañaba todo, ahora eran ellos los que no querían que yo me superara; mi sueño era ser maestra, le tomé amor a esa profesión cuando me tocó lidiar con mis hermanos, quería que la gente de San Lorenzo fuera distinguida y no se dejara pisotear por ningún motivo, pues ser de un pueblo no nos hace menos que los que nacieron en la ciudad.

El tiempo avanzaba cada vez más rápido; a mis hermanos menores los mandaron a un internado para educarse mejor por los lados del valle, mis otros hermanos y yo nos quedamos en el pueblo a ayudar en las labores de la finca, pues los niños de la casa ya eran unos hombres que podían aportar con sus fuerzas en los trabajos que lo requerían; eso no fue positivo para la familia, Alberto y Gonzalo se aburririeron de patonear el pueblo de arriba pa' bajo vendiendo panela, miel de abejas, tejidos en lana y de no recibir nada de dinero por lo vendido. Ellos eran muy codiciosos y querían como fuera salir de allí a buscar nuevos rumbos; los amigos cercanos a ellos le dijeron a mis padres que habían cogido para Armenia, que en cada conversación que tenían sacaban a relucir que querían incorporarse a alguna institución del Estado para defender la patria.

Como antes no era difícil entrar a la policía se fueron a regalar por allá, Alberto se volvió sargento, se casó con una señora de Pereira y tuvieron dos hijos, que según rumores no eran de él. Años después Alberto volvió al pueblo convertido en todo un profesional, tenía casa, carro y dinero, mientras que a Gonzalo no le fue muy bien, lo echaron por vago y borracho, todo peso que le daban lo dejaba en una cantina de mala muerte; al parecer volvió bajo las faldas de mi madre por deudas de juego.

Alberto le mandaba a mi madre remesita, ropita para nosotros y dinero para sostener la finca, la cual estaba reduciéndose poco a poco por la envidia y codicia de la familia Ordoñez, quienes nos robaron una buena cantidad de tierra para tener su propio solar, ocasionando

daños en nuestro hermoso y productivo árbol de naranjo, con el cual crecimos nosotros, y calmábamos nuestra sed. Esa familia se aprovechó de nuestra humildad y buena fe para vernos la cara de pendejos, y así quedarse con parte de lo que tanto nos había costado sacar adelante, además en ese tiempo no existía ley ni orden, pero estoy contenta de que la vida a cada quien le dio su merecido.

A los quince años me encargué de la comida de los catorce peones que había llamado mi padre, dejé por un tiempo de recoger la cosecha, me metí de lleno a la cocina en compañía de una señora llamada Beatriz, que era de Bolívar; de ella aprendí una mejor sazón, con la que deleité el paladar de mi esposo por cuarenta años; también me asignaron la tarea de ordeñar las vacas, pero a raíz de lo que pasó con mi madre, le cogí pavor a esos animales, entonces le rogaba a una vecina que era buena en eso que me acompañara a hacerlo; mi madre me decía que tenía que llevar treinta litros para la casa, pero yo le ofrecía a misia Elena quince para que ella sacara la leche; en más de una ocasión me gané regaños y rejazos en las piernas, brazos y espalda; ya cansada de eso, le decía a mis viejos que me había caído por allá y me quedaba apenas la mitad, y al parecer la idea funcionó.

En esos tiempos cercanos a los sesenta, nuestros padres eran los que escogían nuestros maridos, el corazón no tenía participación en eso, por lo que no pude tener una relación formal con el hombre que me robaba el aliento. Tenía dieciseis años cuando me enamoré por primera vez, era un amor prohibido y mal visto ante los demás, él era mi primo Enrique, cinco años mayor que yo, pero no me importaba porque me trataba muy bonito, era todo un caballero, estaba pendiente de mí y no le interesaba lo que pensarán los demás, siempre me dijo que nadie fuera de nosotros dos debía meterse en nuestro amor, pues ellos no nos iban a mantener ni vivirían con nosotros.

Todo sucedió tan rápido, la primera vez que nos vimos quedamos prendido el uno del otro. Era dos de enero, mi tío René llegó de Bolívar a San Lorenzo con su familia a celebrar las fiestas de negros y blancos, hace siete años que no los veía, ellos tenían un puesto en la plaza mayor para vender productos, los cuales le facilitaba mi padre; ellos compartían el puesto para beneficiarse mutuamente, mi padre no le vendía todo a mi tío, pero sí le daba algo como parte de pago por rentar el lugar. Sus hijos le ayudaban a vender, eran tres hombres bien fornidos, guapos y muy serviciales; yo les llegaba hasta el pecho, siempre he sido de baja estatura, pero eso no le hace cuando se trata de amor, lo único que le importaba a Enrique era tenerme cerca, no le disgustaba tener que agacharse un poquito para darme un beso, y a mí lo único que no me agradaba era llevar lo nuestro en la clandestinidad.

Llegaron el domingo de sorpresa, yo estaba afuera con Margot, me asusté mucho cuando vi que esas personas miraban y señalaban en repetidas ocasiones nuestra casa, pensaba que los Ordoñez les habían pagado para que terminaran de robarnos lo que nos quedaba de solar. Le dije a mi amiga que estaba preocupada, que lo mejor sería entrar rápidamente a la casa a dar aviso de lo que sucedía; así lo hicimos y mi padre salió muy asustado por lo que le dije; al ver quiénes eran le cambió el semblante, entonces procedió a moverles la mano en señal de que fueran hacia allá; llegaron en un santiamén.

Entraron a la casa, dejaron las maletas afuera, y se fueron directamente a la habitación de mis padres a saludar a mi viejita, a quien le tenían un gran cariño por haber sacado a mi padre de ese mundo tan feo del alcohol; gracias a su motivación, él se dispuso a cultivar la tierra, invirtió la parte de la herencia que le dejó mi abuelo en buen ganado y caballos; lo teníamos todo, todavía no me explico cómo es que lo que había se esfumó como vapor de agua.

Enrique se presentó muy formalmente, me dijo que había estado en sus brazos unos días después de nacida, que estaba muy cambiada, pero cómo no, si ya tenía dieciseis años, mi cuerpo estaba más desarrollado y los cachetes habían desaparecido. Dijo que era muy bonita y que le gustaría que lo llevara a recorrer el pueblo, las quebradas, la montaña, que le enseñara a ordeñar vacas, a coger el café y si sabía tejer también le interesaba. Al escuchar sus palabras, pude percibir que era un chico sencillo, buen ser humano, y sobre todo muy guapo.

Salíamos a caminar todos los días, nos levantábamos a las cuatro y media de la mañana, y nos dirigíamos con misia Elena a la finca a ordeñar las vacas, para traer los treinta litros que mis padres me exigían; al principio a Enrique le parecía que esa señora era una mala persona al quitarme la mitad de la leche, entonces le recordé lo que había pasado con mi madre y entendió totalmente. Él cargaba las vasijas pesadas, evitaba que el dolor intenso de espalda que me quedó después del accidente que tuve en el columpio, se agudizara.

Pero no todo era trabajo, sacábamos tiempo para ir a la quebrada, durábamos una hora bañándonos, hablando de nuestras vidas, nos reíamos a carcajadas tan fuerte, que yo creo que los animalitos se asustaban; él me contaba chistes que jamás había oído, que era un experto en la cocina y que no le importaba si a la gente le parecía raro ver a un hombre cocinando; esos pequeños detalles me enamoraron aún más, pues en ese tiempo los hombres se encargaban de llevar lo del diario y nosotras de mantener cuidada la casa.

A los tres meses de largas conversaciones nos hicimos novios; cuando salíamos de la casa nuestro comportamiento y forma de tratarnos cambiaba, no debíamos levantar sospechas, sino sería el fin de lo bonito que habíamos construido, era una relación sólida, era amor de verdad, no como los de ahora. Una noche salimos a sentarnos afuera de la iglesia, él agarró mi mano, la besó, juró que sería su mujer, se echó la bendición, se puso de rodillas como

ensayando la pedida de matrimonio. A Enrique lo tenía sin cuidado si nuestros padres no nos apoyaban, yo tenía miedo, sabía que lo amaba demasiado y él a mí, pero no quería estar mal con mis viejos, hemos vivido tantos momentos difíciles y salido adelante por la fuerte unión que tenemos, que no era justo tirar todo a la basura.

No sé quién le fue con el chisme a mis viejos, se armó la de padre y señor mío; apenas llegamos a la casa, mi padre estaba detrás de la puerta esperándonos con su látigo, me haló del brazo y se puso delante de Enrique, pegó un grito que se escuchó yo creo que en todo el pueblo; dijo que esa relación no podía ser, que la sangre entre primos no se debía mezclar, que pensara en los pobres niños que tendríamos, nacerían con deformaciones y mala salud, y ni hablar de lo que diría la gente del pueblo; —lo último me tiene sin cuidado, la gente no va a vivir con nosotros ni nos va a dar de comer, el amor que siento por Carmenza es tan grande que no me importa echarme encima a la familia —respondió Enrique. Pero ¿qué pensaba mi tío René de todo esto?, tampoco le daba la bendición a nuestra relación, no querían ser cómplices en ese pecado contra Dios, no querían irse al infierno por alcahuetear esto. Les recuerdo que mi familia era demasiado católica y seguía al pie de la letra la palabra del señor.

No querían echar a perder sus almas, deseaban vivir tranquilos, ver a los niños sanos, preferían que fuéramos solterones, que ganarse un castigo de Dios y dejar de contar con la ayuda del santo patrono. Todo esto de la religión me hizo cambiar un poco de idea, pero sentía que si no luchaba por este amor, jamás conseguiría a alguien mejor; estaba entre la espada y la pared, por un lado estaba el gran amor que le tenía a Enrique y todo lo que me prometió cuando selláramos nuestra unión, por otro, hacerle daño a la naturaleza con nuestros inventos al mezclar nuestra misma sangre, y por otro, el que más me daba miedo, enfadar a Dios por ir en contra de su voluntad; así que preferí dejar las cosas hasta allí, me dolió mucho, porque fue el primer amor que tuve, pero no quería que mi familia se metiera en

problemas con el de arriba por mi culpa; entonces pensé, tal vez me case más adelante con otro hombre que no lleve la misma sangre.

Seis meses que no veía a Enrique, cuando un jueves al salir de la iglesia con Margot, sentí que alguien tocó mi hombro y dijo que necesitaba hablar conmigo unos minutos, di la vuelta y me llevé tremenda sorpresa, era él, el hombre que ponía a latir fuerte mi corazón de nuevo, le di un abrazo rompe costillas, le toqué la cara con un poco de barba ahora, y le besé la mejilla; —no quiero tener problemas con mi tío ni con mi padre —le dije —habíamos quedado en que no nos volveríamos a ver, fue un trato para librar a nuestra familia del pecado; —no quiero perderte Carmenza, no podrás ser la primera mujer en mi vida, pero sí la que hizo la diferencia para siempre, no sé qué es lo que me impide dejarte ir, pero quiero luchar por ti cueste lo que cueste —me dijo.

Le di un rotundo no, yo soy muy católica también y quería llevar una vida tranquila, bonita y contando con la ayuda de Dios, no hubiera sido bueno perder su apoyo; si continuaba con esa locura mi alma se hubiera perdido, y yo lo que pretendía era seguir con mi familia hasta después de que muera; eso era lo más descabellado que había hecho en mi vida, por eso le pedí a Enrique que me dejara en paz y se alejara lo más que pudiera de mí, si era posible que regresara a Bolívar a formar una nueva vida con otra mujer; él no se dio por vencido y me propuso que nos voláramos a un lugar donde nadie pudiera encontrarnos, que eso era puro mito lo de los niños enfermos y deformes que salían de relaciones entre primos, que la mayoría de la gente se casaba entre familia para que la herencia no quedara en manos desconocidas y no pasaba nada.

Por un momento caigo de nuevo en la tentación, pero me contuve, quité mi mano de la suya, le di otro beso en la mejilla y le deseé lo mejor en su nuevo camino, que ojalá consiguiera una buena mujer, guapa, respetuosa, devota, y que le diera lo que yo no podía darle, un

amor libre de prejuicios y de pecado. Enrique me dio un beso en la mano, luego en la mejilla, y dijo que siempre, siempre estaría presente en sus pensamientos donde quiera que se encontrara, y que yo también hiciera lo mismo, que era una lástima que por culpa de la religión algo tan puro y real como lo de nosotros se fuera a la basura, que en lo posible no volvería a pisar una iglesia ni a rendirle ofrendas a ningún tipo de santo que ni siquiera intercedió para que fuéramos felices, se volteó y se fue rápidamente, le perdí el rastro en un abrir y cerrar de ojos.

Estuve triste por un par de meses, me di cuenta que la vida sigue, que es mejor tener a Dios de nuestro lado, que en contra nuestro. Pasaron los días, los meses y los años, y nada que mi corazón sanaba el dolor que se apoderó de mí desde aquel día que lo vi por última vez.

La situación en la finca no era muy alentadora que digamos, a mi padre le tocaba pedir prestado dinero para poder mantener bien la finca, y uno de esos señores que le confiaba su dinero, era don Jonás; él era un tipo bien agraciado, con fama de gallinazo por donde quiera que se mencionaba su nombre. Cada que iba a la casa se quedaba mirándome y haciéndome ojitos, pero yo no le correspondía; en primer lugar, él no me gustaba, segundo, yo todavía amaba a Enrique y tercero, me daba mala espina. Mi padre quería metérmelo como fuera por los ojos y oídos, me hablaba maravillas de él, decía que la gente era muy chismosa y mentirosa, que le tenían envidia por su posición en la sociedad, al parecer tenía mucho dinero, pero ni todos los millones de ese hombre podían sacar a mi primer amor del corazón.

Pasaron dos años y la deuda con ese señor seguía creciendo, pues mi padre no tenía como pagarle, y la finca se estaba yendo a pique. En reiteradas ocasiones, ñor Jonás le manifestó su interés por mí, de lo cautivado que estaba con mi belleza, que le diera la oportunidad de ofrecerme una vida de princesa, dándome en matrimonio, a lo cual no se negó. Con esto,

siempre he sentido que mi progenitor accedió al ofrecimiento de ñor Jonás para poder saldar la grande deuda que tenía con él, me siento como parte de un trueque o de una venta.

Qué más podía hacer yo que aceptar la propuesta de ese señor más viejo, todo por ver tranquilo a mi viejo que tanto se jodió por darnos lo mejor, además era la única mujer que quedaba en la casa, ya que Edith se escapó con un vago a la ciudad, se casó, tuvo hijos y una muy mala vida al lado de él, ese tipo fuera de no hacer nada, era también un borracho, canalla, aprovechado, le pegaba porque sí y porque no; yo no quería eso, pero me tocó casarme con un hombre al cual no amaba, todo por la bendita deuda que tenía mi padre.

Transcurrieron cinco años de la unión matrimonial, cuando el destino hizo de las suyas nuevamente, ya debería estar acostumbrada a las desgracias, pero la verdad era que no, esta vez fue mi viejito quien se vio involucrado.

Era por allá el año sesenta y seis, no fue un buen día, lo digo en todos los sentidos, empezando porque el clima no ayudó demasiado, el cielo estaba totalmente gris y la lluvia no paró durante todo el día. Mis padres salieron como era habitual a las cinco de la mañana a vender las cositas: papa, plátano, yuca, arracacha, queso y leche; los dos se cargaron unos pesados morrales a la espalda y una vasija con leche en cada mano, caminaron un gran trayecto hasta llegar a Bolívar, siempre se iban despacio, conversando, y no faltaba la parada obligada para saludar a los compadres, por lo que se consumían algunos minutos y se retrasaban para coger un buen lugar en el mercado.

Me cuenta mi mamá que les fue muy bien, que terminaron de vender todo alrededor de las tres y media de la tarde, que veía a mi padre raro, mirando para todos lados, se elevaba viendo la montaña, el cielo, y se rascaba la cabeza. —Lucrecia cuide la finquita, no deje de cosechar, no la deje acabar, cuide a los niños, mire que todo eso es de ustedes, lo hemos conseguido con tanto esfuerzo, que sería muy triste que se perdiera —le dijo mi padre.

A mi madre le pareció extraño lo que le dijo, jamás habían hablado de eso, y sus palabras la pusieron nerviosa, pero no creyó que fuera nada grave, tal vez algo del momento. Mi padre le dijo que estaba cansado, que se iba delante de ella, que se fuera despacio, que se veían en la casa, pero mi madre le insistió hasta el final en que se fueran juntos, él no dio su brazo a torcer y cogió camino. Quién iba a pensar que esa sería la última conversación que tendrían.

Eran las cuatro y media de la tarde cuando se separaron, ella llegó a la casa alrededor de las seis pasaditas, y mi padre nada que llegaba, se le hizo raro, pues él se había venido antes, mi madre creyó que tal vez se había quedado charlando con algún vecino o con su compadre Joaquín. Cayó la noche, estaba muy oscuro y lloviendo, se le veía a mi viejita la preocupación, tenía el corazón en las manos, hasta que llegaron noticias de su esposo. Ñor Tobías le contó que había visto a ñor Benjamín tirado sobre una gran piedra, pero que no sabía cómo se encontraba, porque había salido corriendo hacia acá a pedir ayuda y a tranquilizarla un poco. La gente del pueblo sabía que mi padre estaba desaparecido y al escuchar las palabras de ñor Tobías se ofrecieron a hacer una caravana de rescate; llevaron velas, machetes para cortar el pasto, palos, sabanas, cuerdas para armar una camilla para poder traerlo. Al llegar, alumbraron el lugar donde estaba él, me causó un gran impacto el verlo tirado allí sobre esa enorme piedra, sin moverse, con sus ojitos cerrados, todo mojadito y frío, ya podía imaginarme su estado.

Me dio muy duro su muerte, pues mis padres lo eran todo para mí, y el perder a uno me derrumbó por completo, nunca se supo lo que le pasó a mi viejo, no hubo quien le hiciera una autopsia para saberlo; él ya no estaba en cuerpo con nosotros, pero su alma y recuerdo siempre estarán presentes, por lo menos para mí. De él aprendí la disciplina, la perseverancia, el ser fuerte frente a las adversidades, me sentía vacía, yo creo que estuve así por más de tres años, no quería hacer nada, pero fue mi madre quien me dijo que esa

actitud no tendría feliz a mi padre, que él nos quería ver felices y haciendo realidad nuestros sueños; yo sé que ella me decía eso aparentando ser fuerte, porque en realidad estaba destruida por dentro. No es fácil desprenderse de un ser que se ama con todo el corazón, y al que se ha visto por veinticinco años, no puedo imaginar el dolor tan grande que padeció mi madre, fueron cuarenta años de matrimonio, amor y complicidad, me atrevería a decir que mi padre fue el gran amor de su vida. ¡Qué bonito!, me hubiera gustado tener un amor así.

Después de la muerte de mi padre, tres años más tarde, Jonás decidió que lo mejor era irnos a vivir a la ciudad, yo no quería, porque toda la vida viví en San Lorenzo con mi familia, era verdad que ahora estaba casada, pero no quería dejar el lugar donde nací y pasé buenos y malos momentos. Según mi marido quería buscar un mejor futuro para nuestros hijos, ya teníamos tres, dos varones de siete y tres años respectivamente, y la chiquita tenía apenas un añito. A él no le importó si estaba de acuerdo o no, alistó las maletas y arrancamos para Popayán.

Al llegar allá se dio cuenta de que no iba a ser fácil empezar de cero, pero no se dio por vencido y echó pa' delante. Tenía varios conocidos allí, los cuales le ayudaron a conseguirnos un techo para poder dormir; Jonás había dejado en el pueblo a unas personas de confianza para que administraran las fincas; gracias a Dios, por una conocida de mi madre entré a una escuela como profesora en Bolívar, algo que anhelaba desde hace tiempo, me encantaba enseñar, conseguí compañeras que me aconsejaban no trabajar más, ya llevaba cuatro años allí, que para qué me desgastaba, si yo tenía un marido rico, que me dedicara a criar a los niños, que el hombre de la casa respondía por todo, que dejara de exponer la vida en la carretera, yendo y volviendo, pues no era muy segura la vía Popayán-Bolívar.

Yo como una estúpida les hice caso y me retiré de la docencia, esa es la segunda cosa de mi vida, después de haber dejado ir a Enrique, de lo que me arrepentiré siempre, si no me hubiera dejado llenar la cabeza de cucarachas, hoy en día no estaría tan jodida y tendría una pensión que reclamar cada mes. Corrieron tres años de aquella tontería que hice, y nuestra buena situación económica se vino al piso, nos quedamos sin nada gracias a la belleza de mi marido, que por andar de pipí loco, dejó hijos regados en cada lugar que estaba, las mujeres con las que había estado ni cortas ni perezosas le quitaron todo lo que estaba a su nombre para poder comprarle el pan diario a sus hijos fuera del matrimonio.

No sé cómo acepté esto, era una tortura escuchar que mi marido dejaba preñada a una y a otra por donde quiera que pasaba, parecía no importarle la humillación que me ocasionaba cada vez que me enteraba de sus aventuras. Él no era consciente de que yo todavía estaba dolida por la pérdida de nuestras dos niñitas, de eso apenas unos tres años. Era una lástima que de tres niñas que tuve, sólo me quedara una, mi Antonia, de quien me siento orgullosa.

Cuando llegué a la ciudad en el año setenta, se me hizo estar fuera de este planeta, pues había demasiadas cosas raras que jamás había visto en el pueblo, empezando por esas cosas de cuatro ruedas en las que se transportaba la gente, esas cajas cuadradas con botones a los lados que tenía adentro personas hablando y haciendo bobadas, y que sólo los pudientes tenían uno en la sala; los buena gente invitaban a sus vecinos a ver la televisión, era que se llamaba eso. Mis niños no perdían la oportunidad de meterse en casa ajena a ver esos muñecos feos y sin gracia, todos azules y con un gorro blanco en la cabeza, no sé qué le veían de bueno a eso. Pero yo si no me perdía la novela cada ocho días “tormenta en el paraíso”, para ver a ese actor guapo de Rodrigo Cabal, cosita bien hecha, no como el moscorroffio que tenía en la casa.

En abril aquí se celebra la semana santa, con procesiones, flores y veladoras, yo no me perdía ninguna, siempre he sido muy creyente a pesar de todos los inconvenientes que se han presentado en mi vida. Yo me llevaba al centro a Antonia y a Javier, el más chiquito, porque esos otros se la pasaban en la calle, no sé qué tanto hacían, eso era que el sol medio saliera y ellos ya tenían un pie afuera de la casa. Parecía que a Antonia no le llamaba la atención eso de andar detrás de una imagen de yeso, y con el tiempo entendí su razón. Toda la semana mayor me los llevaba para allá, mientras su padre patoneaba toda la ciudad brillando los zapatos o vendiendo ponche, que le quedaba lo más de rico o sino vendiendo billeticos de lotería.

Siempre quedaba de reunirme con mi hermana Edith en el parque caldas, donde se daba inicio a todo, ella llevaba a sus dos hijos, Carmen y Jaime, dos piquiñas igual a la hija mía; recuerdo tanto ese jueves santo que por salir de afán me olvidé de hacer entrar al baño a los niños, y ese error me lo cobró la vida en plena procesión; estábamos caminando detrás de esa linda imagen de Jesús, y Antonia empezó con que quería hacer chi-chí, yo le dije que se aguantara porque baño no había por ahí cerca, ella me dijo que todavía faltaba mucho para terminar el recorrido, que se iba a hacer en los cucos. Yo no le creí, como todo niño creí que estaba exagerando, cuando acordé fue que la chiquita empezó a temblar y a sacudir sus piernas; claro, al mirar al piso, me di cuenta de que iba dejando un camino de orines, esa fue la peor vergüenza que me ha hecho pasar esa berraquita delante de tanta gente.

Llegamos a la casa, don Jonás nada que llegaba, y como cosa rara apareció bien tarde muerto de la borrachera, hablando disparates y buscando pelea, pero yo lo que sí tengo es que lo malo que me dicen se me va para el fundillo. Tuvimos una fuerte discusión, entre forcejeo va y forcejeo viene, me tiró contra la pared y me golpeé el ojo, por lo que no me importó que fuera más de media noche para salir a donde mi hermana. Ella me dijo que no

me la fuera a dejar montar, que así había empezado su marido, una vez le levanten a uno la mano, lo van a seguir haciendo.

La cosa fue que al otro día me fue a buscar, y yo como buena esposa o no sé si como buena tonta, regresé de nuevo a la casa; extrañaba a los niños, así me hubiera ido sólo una noche. Don Jonás terminó con la venta de ponche y se dedicó a vender lotería; eso sí, para que les voy a mentir, ese hombre lo que sí tenía era que no se varaba por nada, le vendía hasta un botón si quería. A pesar de haberme casado sin amor, tantos años juntos hizo que sintiera algo por él, porque cuando murió me dio muy duro, no creo que haya sido la costumbre de tenerlo siempre a mi lado.

Jonás desde muy joven fue muy trabajador, le ayudaba a su papá en la finca cargando bultos pesados de papa; según él cuando tenía quince años, se echó un bulto al hombro, pero al levantarlo sintió que algo se le desprendió por allá en el estómago, no le dio importancia y tiempo después resultó que era una hernia. Llegó un tiempo en que todo lo que comía lo vomitaba o lo dejaba en la taza del baño, debido a eso se puso pálido, flaco y ojeroso, nada le entraba. Los dolores de estómago empezaron a ser cada vez más frecuentes, tanto que la nariz le sangraba todo el día. Era tan constante esto, que siempre llamaba a Antonia para que convenciera a su papá de que fuera al médico, ya que era a la única que le hacía caso.

Ella fue quien convenció a Jonás de hacerse operar, porque él no quería por miedo a que algo saliera mal. De nada sirvió, fue más cara la cura que la enfermedad; el médico que lo operó lo hizo con las patas y le cortó demasiado intestino que le provocó un cáncer que acabó con su vida, ya hace veintidós años. A la que más duro le dio todo esto fue a mi pobre Antonia, la luz de los ojos de don Jonás.

III. EL PASAR DE LOS AÑOS

La muerte de mi padre me dio durísimo, me costaba creer que ya no estaba con nosotros, él que siempre fue un hombre tan sano, ni gripa le daba, y en un dos por tres esa enfermedad se lo llevó y lo alejó de nosotros. Tal vez sino lo hubiera operado ese médico, habría estado un poco más con todos en casa, me siento triste porque yo le insistí mucho en que lo hiciera, sin llegar a imaginar, que en vez de ser una cura, sería el final de su vida.

De mi cuchito aprendí la responsabilidad, la puntualidad y la solidaridad, y de mi madre, no lo puedo negar saqué su carácter fuerte, porque como decía mi padre “uno podrá ser humilde, pero no bobo”. El día de su entierro, mi prima Magda y su madre me dieron unas pastillas para tranquilizarme, pues no paraba de llorar desde que supe la noticia de su deceso; estaba muy nerviosa, inquieta, no sabía qué hacer, sentía ganas de salir corriendo no sé a dónde, pero quería estar sola. Según lo que me cuenta mi madre, esas pastas fueron benditas, me hicieron dormir un poco. Al despertarme, me parecía haber tenido una pesadilla, que todo estaba bien en casa, pero la dicha no me duró, porque al ver a mi madre y a mis hermanos vestidos de negro, volví a mi dura realidad. Era verdad, no lo imaginé, mi padre había muerto por la negligencia de ese desgraciado, que de profesional no tenía ni un pelo; tiempo después nos enteramos de que a ese tipo lo habían echado del hospital por toma trago, y una de sus tantas víctimas por ir a trabajar en estado de embriaguez fue mi pobre cuchito.

Al llegar al cementerio, mi madre y uno de mis hermanos me llevaban cogida de los brazos, yo me sentía mareada y muy deprimida, quería vomitar por montón, además estaba embarazada; ¡Dios mío!, antes mi familia estuvo muy pendiente de mí, ya que no podía caminar con facilidad por la enorme barriga que tenía. Cuando llegó el duro momento de echarle tierra al ataúd, me quería morir también, deseaba que me enterraran con él, sentí que se me desgarró el alma, fueron tantos bellos momentos a su lado, que no quería dejarlo

solo en ese oscuro lugar, donde se lo comerían los asquerosos gusanos. Casi me caigo a ese hondo hueco, me le solté a mi mamá y a mi hermano en un ligero movimiento, no sé de dónde salió mi esposo, mi prima y su madre, que me agarraron rápidamente, porque si se demoran un poquito me hubiera ido de cabeza.

Me dieron otra pastilla, sentía demasiadas ganas de llorar, pero no salía nada, tal vez esas cosas que me dieron estaban teniendo un efecto retardado. La cosa fue que salimos del nuevo hogar de mi padre, tristes y todavía sin poder creer lo que había pasado; de ahora en adelante visitaría sagradamente ese lugar todos los domingos.

18 AÑOS ANTES

Corría el año de 1979, yo tenía ocho años, mi abuela Lucrecia llegó a Popayán para llevarme a las fiestas del santo patrono en el pueblo, celebradas en el mes de agosto; ella se venía una semana antes a organizar las maletas y a traernos cositas de lo que quedaba en la finca, entre ellas traía unos dos cuyes y una gallina, por eso cuando mi esposo tiene la oportunidad de llevarme a comer uno, lo hacemos sin pensarlo dos veces. A los tres días, mi abuela se devolvía al pueblo a arreglar la casa y a decirle a Hermes que me recogiera temprano para no andar de noche en la carretera, pero eso no era posible, porque él siempre buscaba una excusa para retrasarse, decía a tales horas estoy allá y llegaba tres horas después.

Cogimos carretera el día viernes a las cuatro de la tarde en la camioneta de la alcaldía que andaba mi tío Hermes, él era personero en Bolívar y amigo del alcalde, quien sin problema se la prestaba para que nos llevara a San Lorenzo. Todo el camino nos la pasábamos cantando con mis primos a todo pulmón la colegiala, las caleñas, y ese tipo de canciones

que escuchábamos en la casa de una vecina que tenía un tocadiscos que sonaba bien duro, también peleábamos y gritábamos cuando no nos poníamos de acuerdo con el turno del columpio, que armábamos amarrando una cuerda en la varilla de metal que soportaba la carpa que servía de techo de la camioneta, el asiento lo hacíamos con los sacos que llevábamos puestos, y funcionaba con el movimiento del carro.

Mi abuela siempre nos esperaba en la puerta de la casa con una mantilla en la cabeza; esa vez llegamos a las once pasadas y nos tenía preparado un gran banquete, un cuy calientico con limonada, pero sólo a mí me guardó uno entero; me dolía todo el cuerpo, pues el viaje duró siete horas, también tenía mucho sueño y un hambre feroz, ya que la merienda que me puso la cuchita, la acabé a las doce del día, de ahí no comí nada hasta llegar al pueblo.

A la mañana siguiente cuando abrí los ojos mi abuela ya no estaba, me puse a chillar como si alguien me hubiera pegado, la esposa de mi tío me dijo que no llorara, que ella ya venía de la finca con las cosas del almuerzo; esa señora era muy mala leche y sus hijos ni hablar, eran una cosita que no servían para nada, unos malcriados a morir; en la noche comimos, hablamos un poco y a la hora de dormir se armó una pelotera, esos niños no querían compartir la cama con nadie, decían que eran de ellos, tal era su brutalidad que preferían ver llorar a mi abuela y hacerla sentir mal con tal de verme tirada en el suelo pasando la noche. Yo no le vi problema al acomodarme encima de costales y sabanas en el piso, para mí era más importante la tranquilidad de mi vieja, que ponerme a pelear con esos ampones; primero era la comodidad de ella, que durmiera bien en su pequeña cama, pues yo podía aguantar ya que estaba joven.

A mis primos lo que les daba rabia era que yo no jugaba con ellos, sino con unos vecinos de al lado; me hice amiga de Magola y Clementina con quienes jugaba y callejeaba hasta las once y media de la noche; mi abuela era muy bella, me dejaba estar con ellas porque era

muy amiga de su madre, doña Feliciano, con la cual yo tenía también una excelente relación; cuando estaba aburrida en la huerta, ella me llamaba para que jugara con sus hijas, y me daba de comer unos pancitos más ricos que hacía y vendía a un peso. Sin que la mujer de mi tío se diera cuenta, me pasaba el alambrado que separaba las dos casas y allá iba a dar.

Al día siguiente se daba apertura a las fiestas del santo patrono; era primero de agosto, toda la mañana estuve con mi abuela en la finca, le ayudé a recoger el café y unos cuantos litros de leche para hacer el queso, también me cargué un morral pesado con yuca, plátano y papa, para el exquisito sancocho que tenía en mente mi vieja.

En la noche me fui con mis dos amigas a ver la elevación de globos que se llevaría a cabo en la plaza del pueblo; mientras empezaba la función, Magola y Clementina me presentaron a dos muchachos llamados Raúl y Gabriel, los cuales eran mayores que nosotras, el primero tenía doce años y el segundo once; yo quedé flechada con Gabriel, me cautivaron esos hermosos ojos verdes y esa boquita de muñeco, además era muy buen conversador, con él tuve rollo sólo el tiempo que duraron las fiestas, después no volví a saber de su existencia, se podría decir que fue un amor de verano como dicen hoy en día los jóvenes.

El acto de apertura empezó a las nueve de la noche, unas tres personas quemaron un castillo colocado en una guadua, que por dentro tenía mucha pólvora, la cual explotaba y hacía que descendiera de lo más alto un pendón con la imagen de San Lorencito. El cielo se iluminaba de todos los colores, produciendo en los habitantes gran algarabía, había quienes lloraban de emoción, pues el santico les había hecho favores que ni ellos mismos creían.

Otra tradición que había en el pueblo para el cinco y seis de agosto, era colocar en el centro de la plaza una guadua de tres o cuatro metros, embadurnada totalmente de grasa, con clavos en la parte superior, en los cuales colgaban cantidad de premios como balones, bolsas con cuadernos y ropa; nosotros éramos tan ingenuos que creíamos que iba a ser fácil

bajar todo eso de allá; cuando Pedro, un niño de lo más de querido se ofreció como primer voluntario, nos dimos cuenta de la trampa de la organización, entonces todos los niños nos reunimos y empezamos a hacer mucha bulla, vimos que el alcalde estaba allí e intensificamos los gritos, pero esta vez con groserías, por lo que no le quedó de otra a este personaje que decirle a los organizadores de esa estafa que bajaran las cosas de allá y las repartieran según el gusto de cada niño; sus palabras fueron algo como “en estas fechas lo que se busca es la unión familiar y la sana diversión de los chiquitínes, y no me parece que sea bueno engañarlos ni matar sus ilusiones”

Cada noche había algo que hacer, siempre salía a la misma hora con mis amigas, a las nueve de la noche, en ese tiempo no había inseguridad como ahora, antes podían dejar las puertas abiertas si querían y no pasaba nada, en este momento no se puede hacer esa gracia. Era siete de agosto y nuestro plan para ese día era ir a ver una obra de teatro, donde habían muchas personas con trajes de otra época; me llamó mucho la atención un niño que era una caspa completa, le hacía hasta para vender a la mamá, mentía más que pinocho y ni hablar de lo chismoso que era, tanto que le cortaron la lengua para silenciarlo; mi abuela que estaba al lado me codeaba y me decía—vea a ese niño, no siga su ejemplo para que no le pase lo mismo, que tal uno quedarse sin lengua —y se santiguó en repetidas ocasiones. Yo como era una chiquilla me comí el cuento completo, todavía no entendía lo que quería decir realmente “obra de teatro”.

El once de agosto ya estábamos en casa, extrañaba mi camita y mis cobijitas, también a mi ratón Topo Gigio, al cual abrazaba todas las noches sin falta; tenía muchas ganas de encontrarme de nuevo con mis amigas de la escuela y terminar el grado tercero.

El lunes, al entrar al salón de clase nos saludamos todos los del combo, hicimos nuestros respectivos saludos con las manos y procedimos a sentarnos. Pasaron como cinco semanas

de lo que habíamos regresado a la escuela, llevaba un tiempo viendo a los muchachos de once hacer maromas, colgándose de una baranda que había al finalizar las gradas; no lo pensé más y decidí hacer lo mismo, bajé con mis amigos normal, nadie se esperaba lo que iba a suceder; cuando iba en la tercera grada, brinqué lo más alto que pude, me balanceé con toda mi fuerza sin lograr mi cometido, la suerte no estuvo de mi lado, al parecer no calculé bien la distancia y pasé derecho al primer piso; mis amigos salieron corriendo a donde yo estaba y me levantaron con cuidado; no podía creer lo que estaba viendo, mi muñeca izquierda estaba fracturada, el hueso se veía un poco salido y ni hablar del dolor, era insoportable.

Para ese tiempo no había teléfono en la casa, ni teníamos seguro social, por lo que tuve que aguantarme el dolor y el brazo amarrado con la chaqueta de educación física hasta la hora de la salida. La profesora me dijo que mientras llegaban por mí, estuviera en el salón escuchando su clase, porque ni modo de escribir, mi amiga Yulieth copió en mi cuaderno de sociales y luego se desatrazó, ella era muy querida conmigo, pero le perdí el rastro después de que me retiraron de la escuela. Estaba ansiosa, no quería que sonara la campana, ya me imaginaba el regaño y el castigo que me iba a dar por esto mi madre.

El reloj marcó las doce y media de la tarde, los padres de familia se acercaban a recoger a sus hijos, cuando alcancé a ver a Carmenza por un lado de la reja con cara de pocos amigos, al parecer algún chismoso que estudiaba conmigo y con el cual no me la llevaba muy bien le dijo lo que había sucedido; agaché la cabeza e hice como si no la hubiera visto, ella ni corta ni perezosa gritó mi nombre, por lo que no pude seguir disimulando y tuve que acercarme hacia donde estaba; lo primero que hizo fue tomarme con cuidado del brazo y preguntarme lo que había pasado, le dije y se puso como un tití. —No te he dicho que no andés brincando, mirá lo que te pasó por no hacer caso, y mucha plata que hay pues para que te arreglen ese hueso —dijo mi madre enojada. —Eso no es nada Carmenza, con una

sobada que me de mi papá se me pasa —le respondí con mucho positivismo. —Sí claro, como si fuera sólo de sobada, no ves que el hueso está torcido, envolvéte otra vez esa chaqueta y camina pa' la casa rapidito —me ordenó la cucha.

Llegamos a la casa y mi padre ya estaba almorzando, a penas me vio, cogió delicadamente mi brazo y preguntó qué había pasado, yo le conté lo sucedido, me regañó, mas no me pegó, él nunca me tocó un pelo, pero mis hermanos no pueden decir lo mismo; desamarró la chaqueta que sostenía mi brazo, trajo su pomada caliente y lo sobó suavemente; yo gritaba y me revolcaba del dolor, entonces mi cuchito entendía que debía terminar esa tortura. Ese martirio de tener el brazo amarrado con un trapo duró un año; gracias a su buena mano para la sobada y su dedicación, la muñeca no se entiesó, pude volver a coger un lápiz y regresar a la escuela, tenía que repetir el grado tercero ya que por fuerza mayor me tocó cancelar; fue muy triste tener que parar mis estudios, pues íbamos a mitad de año.

Al año siguiente, mis padres me matricularon en la Kennedy (femenina), pues el lugar era grande, dividido en dos, al lado derecho estábamos las mujeres y en el otro, los hombres, ahí terminé la primaria con buenas calificaciones. Me daba tanta nostalgia tener que cambiar de colegio, porque allí no había bachillerato; tantos bellos momentos que pasé con mis amigas, jugando a la comidita con cosas que comprábamos en la tienda: panelitas, pedazos de natilla, pan con queso, porciones de pastel que servíamos en platos que cada uno traía de su casa, también armábamos con los sacos del uniforme el techo de las viviendas, los colocábamos sobre los arbustos que recién habían podado y ahí nos metíamos a tragar todo lo que nos cabía en el buche; existía un grupito de niñas que nos caían mal, eran unas chismosas, envidiosas y se creían la última coca-cola del desierto, sólo porque vivían en el Obando; se las daban de niñas ricas y no tenían ni para una menta, pero eso sí, era que nosotros pusiéramos los sacos en los arbustos y ellas allá caían. Con mi combito les decíamos que no podían jugar porque no habían puesto nada y sería injusto que comieran

gratis, cuando a cada uno nos tocó dar de cinco pesos. Esa era la excusa perfecta para que no jodieran más.

En el año 1982 ingresé al colegio San Agustín, ¡otra vez con niñas!, yo quería estudiar con niños, así como mi prima Magda en el Ulloa, pero mis padres insistían en que no, porque algunos eran muy gamines y problemáticos, no me quedó de otra que seguirles la corriente.

No fue fácil realizar el año escolar allí, ya que me gané a la directora del grupo que orientaba la materia de matemáticas; yo era muy cansona en sus clases, no paraba de hablar y de hacerla enojar, tanto que me decía que saliera al tablero a resolver un problema de fraccionarios, y le daba más rabia cuando me quedaba sentada y le respondía que no sabía, que en vez de salir a hacer nada al frente, mejor me quedaba en el puesto; ¡Virgen santa!, esa señora se ponía roja de la piedra y no seguía fregando; a mí sólo me daba risa ver que no podía hacerme quedar mal delante de mis compañeros.

Pero eso no fue por lo único que me gané a esa vieja, a ella se le ocurrió la maravillosa idea de ponerme el día de aseo para el viernes que salíamos a las cinco y media de la tarde, y ni hablar del grupo en el que me metió, tres peladitas que me caían re-mal, por lambonas y sapas. Para mí, el viernes lo era todo, porque era el día en que me iba a pachangear con mis amigos, yo quedaba con Nancy de vernos en el parque Caldas y bajar hasta la Esmeralda a encontrarnos con el resto del parche. De ahí cogíamos para la casa de Peter que vivía con su tía, la cual trabajaba hasta las seis de la mañana en la clínica del seguro, era enfermera y hermana de su papá, quien lo botó de la casa para meter a su moza, la cual era más joven que él y ligerita de piernas. Al llegar a su dulce morada, nos quitábamos los zapatos y empezábamos a bailar con la música a todo volumen que poníamos en un tocadiscos grandote que tenía la cucha. Y así duramos por un tiempo hasta que se fueron para otra ciudad.

El lunes que llegaba al colegio, la profesora Granda me recibía con su cantaleta habitual, esa señora tenía un airecito a tremebunda, la suegra de condorito, por lo que me parecía muy cómica; me decía “Señorita Pérez, sus compañeras me dijeron que usted no las ayudó a hacer el aseo el viernes, ¿acaso tiene sangre azul o es familiar de los reyes?”, yo lo único que le respondía era “yo creo que sí”, eso la sacaba de casillas y me mandaba de una a rectoría. La señora Benítez era muy comprensiva con lo que yo le decía, la mentira era que yo tenía que irme caminando hasta mi casa en Lomas de Granada y por eso no les ayudaba a mis compañeras; ella me miraba y lo único que me decía era “bueno, por esta vez se la paso, pero para la próxima acomode los pupitres y se va”, le movía la cabeza en señal de que sí y me iba para el salón. Yo entraba en silencio y me sentaba en el puesto, la profesora Granda me preguntaba qué me había dicho la rectora y muy sinceramente le respondía que nada, y ahí terminaba el interrogatorio. Esto duró medio año, hasta que la rectora se enojó y me puso entre la espada y la pared.

De nuevo un lunes en la rectoría, la señora Benítez me dijo que ya estaba cansada de las constantes quejas de la profesora Granda, que si yo no ayudaba a mis compañeras iba a llamar a mis papás, por lo que no tuve de otra que contarle la verdad. —Rectora, lo que pasa es que a mí no me gusta hacer aseo el viernes, si quiere cámbieme el día y no hay problema. —Pero si de lunes a jueves salimos a las seis y quince, se le hace mucho más tarde para bajar a pie a su casa —me contestaba. —Entonces pa’ no pelear cámbieme de grupo y le prometo que le dejo brillando hasta el portón del colegio. —Está bien, escoja a las compañeras con quien se sienta bien y hágale pues, no quiero que me vuelvan a dar quejas de usted, señorita Pérez —además, no podía darme el lujo de que llamaran a mis padres, ya que ellos no sabían que los viernes salía más temprano del colegio. Después de armar el grupo con unas viejas que eran re-bien, no hubo más problemas, yo me iba sagradamente a las cinco y media y ellas me cubrían; cuando me pedían un favor, no podía negarme, pues

cómo, si me habían hecho el catorce de la mitad del año para acá; a la cucha de matemáticas no le quedó de otra que darse por vencida conmigo, pues yo no me dejaba echar babas de nadie y menos de alguien tan arrogante como ella.

Hice en San Agustín hasta el grado séptimo, que lo perdí por vaga, por no entrar a clases y quedarme hablando con otros profesores, sobre todo con el churrito de educación física; a mis padres no les cayó bien la noticia y me dejaron sin estudiar tres años, para que pensara bien qué era lo que quería para mi vida. Durante todo ese tiempo me dediqué a jugar básquet con mis amigas del barrio, nosotras éramos muy locas, jodíamos, organizábamos campeonatos en el polideportivo con gente de otra zona, pero resultó que no era lo que esperábamos, nos mandaban a unas peladas más viejas que nosotras, unas King- kongnes del mirador, del retiro, los sauces, que tenían unas mañitas; una de las tantas era que eran muy tramposas, nos pegaban, aruñaban, a Nelly hasta le mordieron un brazo que se le inflamó por las tremendas muelotas que le puso una brincona que le tenía ganas.

Por fin mis viejitos decidieron ponerme en un colegio mixto, en el Villaquirán, donde conocí a unos parceritos de los que se quedan clavados en el alma, no importa los años que pasen; con ellos me iba a bailar a cuanto grill había, la pasaba muy bueno, tomábamos, bailábamos y vivíamos la vida a nuestra manera, eso sí, sin hacerle daño a nadie y con mucha responsabilidad; allí hice hasta grado noveno, me aburrí y me retiré por un tiempo.

En una de esas salidas conocí a Rodrigo, un mancito alto, langaruto, y de ojos claros, que me flechó desde el primer momento en que lo vi; estaba con mi parche tomándonos unas chelitas, cuando se acercó y me invitó a la pista a brillar chapa, no lo pensé dos veces, le agarré la mano y al centro del salón fuimos a dar; como en toda conversación, dijimos nuestros nombres, dónde vivíamos, qué hacíamos, y muy sorpresivamente nos enteramos esa noche de que estudiábamos en el mismo colegio. Mi corazón empezó a latir más fuerte,

pues no sería la última vez que nos veríamos, y podíamos terminar en algo más. Y así pasó, después de seis meses de constantes visitas a mi casa, azotada de baldosa y gacimba con pan, me pidió el cuadro. Yo acepté encantada y emocionada, ya que cuando estaba con él me sentía en otro planeta.

Nuestro idilio duró dos años pasaditos, pues las discusiones no dieron espera, por todo me jodía la berraca vida, que si estaba afuera de mi casa hablando con un parcerito, ya tenía algo con él, que si me iba con Nancy y las peladas a jugar futbolito, que allá me iba a encontrar con alguien, que si no salía a darme un roce con él, que ya no lo quería, ¡ah!, me cansé de tanta maricada y decidí ponerle punto final a esa cacería de brujas.

Duré como un año con esa tusa, prefería eso a estar sometida a un hombre celoso, intenso y que creía que era de su propiedad, yo no soy un objeto, ni un mueble con el cual sí pueden hacer y deshacer; mi madre decía que lo mejor que podía hacer era ir a la iglesia a reflexionar sobre mi vida, a ponerme de rodillas ante Dios y pedirle que me sacara del corazón lo más pronto posible a Rodrigo, el cual no le caía nada bien, ya que a sus oídos había llegado el rumor de que era gallinazo, y por su experiencia con mi padre, no quería que yo pasara por lo mismo. Sus palabras no fueron en vano, empecé a ir a los cuatro meses con una vecina a “la cruzada”, una iglesia cristiana, para ese tiempo tenía catorce años; a Carmenza no le gustó ni cinco que me cambiara de religión, a mi parecer no era una sorpresa para nadie, ya que desde muy pequeña mis creencias no iban con las imágenes de yeso que todo el mundo adoraba en la semana santa, ni al interior de las iglesias; siempre he creído que para estar bien con Dios no se necesita pisar un templo, es sólo cuestión de permanente comunicación en un determinado tiempo y espacio.

En el año ochenta y siete tomé la decisión de volver al colegio, pensé que ya era el momento de terminar el bachillerato, al principio mis viejos no querían porque no había dinero para el

bus, entonces les dije que no se preocuparan, que yo me iba y venía a pie; me matriculé de nuevo en el Villaquirán, pero esta vez en la noche, para poder ganar dinero en el día; cuando en esas mi tía Edith me dijo que le ayudara en la casa, que ella me pagaba bien, que se había enterado de que quería volver a estudiar y me apoyaba; no me negué y comencé a trabajar en su castillito como decía ella.

Al principio no fue fácil, salíamos de clase a las diez de la noche, me tocaba andar a pie, pues los buses verdes grandotes pasaban hasta las nueve de la noche, y no me podía dar el gusto de volver a perder otro año, ahora por faltas; entonces sin mi conocimiento, mi cuchita se iba a serenar y a recogerme como en los viejos tiempos, mientras que don Jonás como le decía ella a su marido, se quedaba en la casa, porque tenía que madrugar al otro día a trabajar, y además él fue uno de los que puso el grito en el cielo cuando le dije que estudiaría de noche.

Así pasaron dos meses intensos, ya mi cuchito estaba más de mi parte y acompañaba a mi cuchita a traerme, pero eso sí, se llevaba una peinilla para protegernos de los ladrones, él siempre fue un hombre jodido y con cojones; al mes siguiente esa tortura se acabó, al igual que la idea de dejar el colegio, ya que conseguí un combo de oro, éramos seis los que no nos despegábamos ni para ir al baño; desde la primera charla que tuvimos en una integración que organizó el rector del colegio, el cual era amigo mío, nos entendimos a la perfección; ese día brillamos chapa hasta las seis de la mañana como dice la canción, nadie quería irse para la casa, así que nos quedamos otro rato sentados en el andén hablando mierda.

Me acuerdo bien de las recochas que armábamos cuando bajábamos a pie hasta nuestras casas, nos íbamos cantando durísimo desde la Esmeralda ♪ Hoy te he visto con tus libros caminando y tu carita de coqueta, colegiala de mi amor, tu sonríes sin pensar... ♪, ♪ [...]

Únanse al baile, de los que sobran, nadie nos va a echar de más... ♪, al finalizar esa canción se quedaba la primera en Camilo Torres, Rosa; de ahí seguíamos con ♪ [...] Al corazón no se amarra, al corazón no se le asegura, no se le pone guardaespaldas, déjala que siga... ♪, y se despedía de nosotros en La Sombrilla, Patricia; tomábamos un poco de aire y arrancábamos con ♪ Estoy llorando en mi habitación, todo se nubla a mi alrededor, ella se fue con un niño pijo... ♪ y dábamos en el barrio María Occidente, donde nos abandonaba Nelson; el repertorio seguía ♪ Cali pachanguero, Cali luz de un nuevo cielo... ♪; sólo éramos tres los sobrevivientes hasta Lomas de Granada: Juan, Rubén y yo, la niña del grupo, a quien ponían en el medio para no levantar tentaciones entre tanto hombre que pasaba por ese sector conocido como los quioscos, en honor al estadero que existía en esa época, teníamos que arrinconarnos muy bien, porque no había andén y debíamos evitar a toda costa que nos pisaran los pies; nuestra lista de canciones terminaba con ♪ Yo, caminaré entre las piedras, hasta sentir el temblor, en mis piernas... ♪; y así eran todos los días, interpretábamos las mismas canciones, pero en diferente orden.

Los fines de semana nos íbamos los seis al grill de moda “Molanga”, que quedaba vía al Huila, el cual era administrado por el hermano de Rubencho, que en ocasiones nos daba chelas de cortesía; una de las canciones que tanto pedíamos era la de Madonna “La isla bonita”, donde el español era tan breve y tan pegadizo para imitar; la otra era “Costumbres” de Rocío Dúrcal, esa bonita españoleta, que todo el mundo recuerda por sus vestidos brillantes y el excelente dominio que tenía con el cable del micrófono, con el que hacía sonar más fuerte ese vozarrón que Dios le dio.

En el año ochenta y ocho nos graduamos de bachilleres, fue algo maravilloso y muy gratificante verle la cara de felicidad a mis cuchitos, por fin todo el esfuerzo y el empeño que había puesto había dado frutos; en la ceremonia de graduación todos derramamos lágrimas por montones; de ahí nos seguimos viendo unos dos años más con los parceritos, y después

nos perdimos el rastro, cada quien tomó su camino, pero los buenos momentos siempre estarán presentes en la memoria, la cual no cambia sino con la vejez.

Era el año ochenta y nueve, yo estaba trabajando en peluquería con Carlina, la mamá de mi prima Magda; me le medía a hacer todo tipo de corte, desde el corte hongo hasta el corte militar, al parecer era muy buena en lo que hacía, ya que la gente que entraba al local siempre preguntaba por mí, eso le alegraba a Carlina, que estaba contenta de poderme ayudar; las dos teníamos una relación de confidentes, se puede decir que ella sabía más cosas más que de su propia hija.

Para ese tiempo conocí a Alfonso, quien era amigo de Magda, y le ayudaba con la materia de química, ya que la flaca era como tapadita para eso, bueno el hecho fue que una vez fui a visitar a mi tío Alberto a su casa, y allí estaba este personaje, quien a primera vista no me agradó mucho, me pareció muy sabiondo y sobrado, pero ahora es que caigo en cuenta, de que es verdad que los opuestos se atraen; yo tengo un temperamento fuerte, y él es muy tranquilo, cariñoso, y servicial, tal vez eso fue lo que me enamoró de él e hizo que sacara del corazón a Rodrigo, del cual me enteré por unos llavecitas en común que se juntó con unas caspas de Santa Inés y se tiró al tres.

Al principio lo evitaba, pero después me di cuenta de que le interesaba de verdad y decidí darle una oportunidad, duramos dos años de conversaciones, idas al cine, a comer helado, comidas rápidas, etc; nos cuadramos en la fiesta de cumpleaños de Carlina y se lo dijimos a todos ese día, no podía guardar esa gran emoción, sabía que estaba enamorada de nuevo y que esta vez debía hacer mejor las cosas para que todo fluyera en la relación.

Corría el año noventa y cuatro, ya llevábamos tres años de noviazgo y de conocernos bien el uno al otro; era un jueves de febrero, yo seguía trabajando en la peluquería con Carlina, cuando Alfonso cuadró su motico afuera y entró de inmediato, me dijo que necesitaba hablar

urgentemente conmigo; por mi cabeza pasaba de todo, creí que iba a terminar la relación por la fuerte pelea que tuvimos días anteriores, temía lo peor; de repente se puso de rodillas, sacó una cajita roja de su chaqueta y me hizo la pregunta con la que toda mujer sueña —Antonia me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida y que quiero ponerme viejo a tu lado, dame la oportunidad de hacerte feliz para siempre, ¿quieres casarte conmigo? —yo me quedé como estatua, estaba procesando todo y le dije —sí Alfonso, yo también quiero envejecer a tu lado, eres el hombre que siempre esperé y no quiero perderte. Acepto —me puse de puntitas en los pies y le di un apasionado beso, acompañado de un fuerte abrazo y peinado de su cabello.

Nos casamos tres meses después en la iglesia “La Ermita”, la cual le trae tantos recuerdos a mi cuchita, por el camino empedrado; para que mi esposo consiguiera un buen trabajito nos encomendamos al Santo Eccehomo, quien no nos falló y nos concedió lo que tanto le habíamos pedido; pasaron cinco meses y recibió una llamada del gerente de una de las empresas más importantes que hubo en el país, para que trabajara con ellos, y en agradecimiento mandamos a hacer una placa de mármol con la siguiente leyenda “Gracias por los favores recibidos, Familia Garcés Pérez”, y subimos hasta Belén a colocarla.

Al año siguiente recibimos una de las mejores noticias de nuestras vidas, estábamos esperando nuestro primer hijo, el cual anhelábamos desde el día en que dimos el “sí”; me hacía falta tener cerca a mi cuchita, por eso deseaba tanto que fuera diciembre para quedarme unos días en su casa, ya que el resto del año era un ir y venir, además quería que me diera algunos consejos sobre maternidad. Alfonso se quedaba cuidando la casa, pues para ese tiempo la delincuencia se había desatado, y no se podía dar papaya para que los bandidos hicieran fiesta en los últimos días del mes más alegre del año.

Era treinta y uno de diciembre del año noventa y cinco, nos estábamos preparando para despedir un año más, pero este era especial, ya que en los primeros días de enero tendría a mi princesa entre mis brazos; la comilona era en la casa de mi tía Edith, ya estaba todo listo, sólo era cuestión de unas horas para que viniera a recogernos en el carro mi primo Jairo; el reloj marcó las tres de la tarde y los dolores bajos me comenzaron, no podía ni ir al baño, porque pensaba que en una de esas idas, el bebé se me vendría en el sanitario; mi mamá llamó a Carlina y a Edith y les comentó lo que sucedía, pero antes habían llamado a mi esposo a decirle que la niña se había adelantado y que no daba espera, que si podía llegar ese mismo día lo esperaban en la clínica del seguro, pues Alfonso tuvo que viajar a Bolívar a solucionar unos inconvenientes que se habían presentado días atrás, por lo que mi hermano Josué se ofreció a cuidar nuestra humilde morada.

Fueron dos horas de intensos dolores, de caminar de un lado para otro, hasta que por fin dilaté lo que debía dilatar y me metieron a la sala de parto; todos estaban afuera, ansiosos de saber que era lo que pasaba allá adentro; a las seis de la tarde entró una enfermera con esa pequeña criaturita, del tamaño de un ratón, tenía la cabecita bien pobladita, la apreté muy fuerte y le di besos hasta que me cansé, o sea nunca; a las ocho de la noche llegó mi esposo, me dio un beso, acarició mi mano, y tomó entre sus brazos a nuestro regalo de Dios. No hubo pachanga esa noche, pero le dimos la bienvenida a la vida a una nueva integrante, mi Julieta hermosa, ¡qué más celebración que esa!

IV. YA NADA ES COMO ANTES

Para mí el mes más hermoso del año, sin duda alguna es diciembre, sobre todo en la niñez, ya que recibía regalo doble, uno el veinticuatro que era el que me traía “papá noel” y el otro el treinta y uno para mi cumpleaños. Recuerdo mucho esa hermosa época donde salíamos a la calle a jugar yeba, escondite, a los policías y ladrones, donde siempre yo estaba al lado de los buenos, también prendíamos las velas el siete, rezábamos la novena cada noche hasta el veinticuatro del mes, compartíamos en familia el mayor tiempo posible, mirándonos cara a cara, y disfrutando de aquellas anécdotas que habían marcado la vida de los mayores que se encontraban presentes; en realidad no entendía mucho, pero al ver que todos se reían a carcajadas, yo seguía el juego, es como cuando veo llorar a alguien, puede que yo no lo conozca, pero el sólo hecho de ver sus ojos encharcados de lágrimas, me hace derramar unas cuentas a mí también, así no esté triste.

Junto con mis hermanos y primos anhelábamos mucho que llegara la mañana del veinticinco para abrir desafortadamente los regalos, esperando que el viejo panzón de larga barba blanca nos hubiera dejado bajo el hermoso árbol de navidad lo que le habíamos pedido en las cartas el día anterior, hechas a mano y de puño y letra de cada uno; en ese tiempo los niños pedíamos cosas sencillas que se podían manejar de forma manual, como una muñeca, un carro de carreras, al cual se le ponía un pedazo de piola para poderlo arrastrar, una cocinita, el salón de belleza de la barbie, un balero, cosas que de verdad te hacían sentir como niño, te daban vida, no como ahora, que los pequeños sólo piensan en el celular de moda, la tablet o el portátil con gran capacidad de almacenamiento; es triste de verdad ver como con el paso de los años hay cosas que han perdido valor, y la familia poco a poco se aleja por culpa del avance de esos aparatos tecnológicos, los cuales hacen que los chicos pierdan la verdadera esencia de lo que es la niñez, y tomen una actitud de no importarles

nada de lo que pase a su alrededor, por estar pegados a una diminuta pantalla viendo y haciendo cosas que no van con la corta edad que tienen.

Empecé mi vida escolar a muy temprana edad, a los tres años, en realidad era un gran desafío para mí desprenderme de mis padres, con los cuales había estado dos años de mi vida en casa jugando, bailando, cantando, haciendo desorden, bueno, lo que hace todo niño a esa escasa edad. Para ese tiempo a mi padre lo habían trasladado a la cabecera municipal del Patía, donde se desempeñaría como técnico en redes telefónicas de una importante empresa que existió hace algunos años; para mí eso fue una aventura, un descubrir y un aprender, lo que no fue lo mismo para mis padres que ya tenían una vida hecha en Popayán, lo que significó dejar todo atrás, y empezar de cero en un lugar del cual sólo sabían el nombre y lo agresivo que era el clima.

A la semana siguiente de habernos mudado de la ciudad, comencé a estudiar en un colegio muy religioso, no era de monjas, sí habían niños, lo único era que el rector era un cura lo más de cascarrabia, nada le gustaba, no puedo decir lo mismo de mi maestra, de la cual no me acuerdo el nombre, pero sé que era un amor, estaba pendiente de mí, y era quien se encargaba de llamar a mis padres los primeros días de clase que fueron los más difíciles: lloraba, hacía pataletas para que me mandaran a casa cerca de mi madre, a quien le conocía muy bien el rostro, los demás fueron unos completos desconocidos por un mes que duró la adaptación a este nuevo universo de letras, números, manualidades, de las cuales me enamoré profundamente cuando me familiaricé con ellas. Mi papá llegaba en su moto grande, parecida a las que usan en las carreras de motocross, saludaba a la maestra, preguntaba lo que había pasado, me cargaba, abrazaba, y en ese acto sentía su protección, su gran amor hacia mí, su apoyo incondicional en las adversidades, y no sólo en ellas, también en mis triunfos, de eso me doy cuenta ahora que tengo uso de razón, algo que tal vez veía en la niñez como un simple abrazo de consolación y comprensión a mis lágrimas.

El aprendizaje de estas nuevas cosas no fue difícil, pues mi madre en casa me enseñaba las vocales, a contar y escribir los números del uno al diez, colorear y recortar las figuras de la manera adecuada para que no quedaran chuecas ni deformes, y sabía los colores en inglés, por lo que me atrevo a decir con seguridad que mi mamá fue la primera maestra que tuve en mi vida, y de ahí los demás que también dejaron huella en lo que fue mi paso por el colegio.

Cuando me adapté al colegio, mi rendimiento fue el mejor, la maestra estaba encantada con mi manera de asimilar con facilidad las cosas que enseñaba y la habilidad que tenía para hacer amigos, sobre todo con los niños; esto me hizo acreedora de una pequeña medallita que adquirió un valor inmenso para mí, significaba que estaba haciendo las cosas bien, por lo que me prometí seguir siendo la mejor en todo lo que hiciera, y donde quiera que fuera.

Me da tanta risa recordar esto, porque cuando apenas inicié mi vida académica no quería quedarme en el colegio, era un problema hacer que permaneciera allí, y después de un mes era un lío hacer que saliera de aquel lugar hacia la casa. Mi papá siempre me iba a recoger en la moto, me ponía en la parte de adelante para que no me cayera y evitar cualquier tipo de inconveniente; en esa parte yo me sentía como toda una piloto, agarraba los manubrios con mis pequeñas manos, disfrutaba del viento que golpeaba mi cara en un intento por refrescarme del inmenso calor que hacía, y en otras ocasiones simulaba ser toda una policía tras la cacería de unos bandidos, acompañada de mi inteligente y audaz ayudante, el capitán Alfonso.

A esa edad todo es diversión, aprendizaje y juego con alguien más, por eso en el colegio trataba de aprovechar lo que más podía el contacto con los demás, ya que al llegar a casa no era lo mismo intentar jugar a las princesas o a la cocinita sola, no era que mi mamá no quisiera, era sólo que sus constantes mareos e idas al baño se lo impedían; en ese momento no entendía lo que le pasaba, creía que estaba enferma, pero no sabía de qué, sólo a los

nueve meses comprendí todo, por fin iba a tener con quien llevar a cabo mis locas ideas, a quien cuidar fuera de mí, y sobre todo a quien transmitirle los conocimientos que había adquirido en el año que llevaba en el colegio.

El día que nació mi hermano Jerónimo fue uno de los días más felices de mi vida, estábamos en Popayán, volvía a ver a mis abuelos maternos, para ese entonces había cumplido cuatro años hacía dos meses, podía expresarme y moverme mejor, sino estoy mal lo primero que dije al verlo fue “y es sólo mío”, haciendo referencia a que no lo compartiría con nadie el tiempo que estuviera en casa, porque sabía que en algún momento también se separaría de mí cuando empezara a hablar y a tomar el lápiz por sí mismo, de la misma manera que yo lo hice con mis padres.

A los dos meses volvimos a nuestro hogar, mi papá estaba a punto de recibir una gran noticia, gracias a su gran esfuerzo, compromiso, y dedicación a su labor con la empresa, fue ascendido a supervisor, lo que significaba un aumento en su salario, y lo más importante, estaba escalando en su vida profesional, ya se podrán imaginar nuestra alegría; siempre he admirado a mi padre, es un hombre trabajador, nada le queda grande, a todo lo que hace y se propone le pone corazón, empeño, perseverancia y ganas, por eso se merece cada una de las cosas buenas que ha logrado y hasta más, se me parece tanto a un hombre del cual he oído hablar y del cual lastimosamente no tengo en mi memoria esos hermosos momentos que me cuenta mi mamá, ese gran ser humano era mi abuelo Jonás.

Un año después fue el segundo día más feliz de mi vida, le dimos la bienvenida a Diego, el menor de mis hermanos y el último integrante de la familia Garcés Pérez, para ese entonces yo iba a cumplir cinco años y Jerónimo había cumplido su primer añito; ahora estaba más grande y pensaba con más detenimiento las cosas, estas eran unas de las tantas que se me pasaban por la mente: era la única niña del matrimonio, la mayor, la que debía darle el mejor

ejemplo a sus hermanos, ya que siempre los que vienen detrás miran tanto lo bueno como lo malo que haces y van a querer imitarlo, por eso en lo que más pude traté de ser un buen espejo para ellos.

Como dije anteriormente estábamos en Popayán, pero esta vez del todo, pues mi papá había sido trasladado a la capital del Cauca por seguridad y tranquilidad de él y su familia, ya que en la parte donde estábamos viviendo se convirtió en el blanco de grupos ilegales que habían llegado a ese sector a apoderarse a las buenas o a las malas de las tierras de las personas de bien, que con tanto esfuerzo habían levantado lo que tenían. El cambio fue lo mejor para todos, hablando desde lo variado del clima, lo potable del agua, mayor número de centros médicos, el transporte se consigue con facilidad y a menor precio, también hay una gran variedad de colegios y universidades a los cuales se puede acceder para una mejor educación.

El año nuevo me traería nuevos retos, daría inicio a la primaria en una escuela cerca a mi casa, estaba como a unas seis o siete cuadras, allí pasé unos bellos e imborrables momentos, aprendí demasiado, mis clases favoritas eran español, inglés, sociales, informática y educación física. Desde ese momento amé aún más las letras, me encantaba escribir historias, por lo que no se me hizo difícil hacer fábulas o cuentos cortos cuando el profesor así lo disponía. Era una de las mejores en ortografía, a mí era a la que menos le rayaban los cuadernos con lapicero rojo cuando mostraba las tareas que hacía, y esto se lo debo una vez más a mi querida y amada madre, que se esforzó mucho por hacerme una mujer que escribiera bien, porque como dicen por ahí, en la escritura se ve reflejada la manera en cómo se expresa una persona, y no hay nada más feo que escribir como se habla, y maltratar nuestra lengua materna como si no existieran las reglas gramaticales; es más, la gente del exterior le da más valor e importancia a esta lengua ajena a ellos, que

hasta se preocupan por aprenderla lo mejor que pueden, tratan de no cometer errores para que ésta siga sonando agradable y sensual al oído que quiera ser susurrado.

Pasé los días, los meses y los años en esta escuela y no sólo aprendí cosas nuevas, ni conocí gente maravillosa a la cual me encontraría más adelante en el bachillerato, sino que también conocí a un niño en el grado quinto que producía cosquillitas en mi estómago cada vez que lo veía; esto lo empecé a sentir cuando él empezó a regalarme cosas y mandarme razones con sus amigos de que yo le gustaba, este chico era mayor que yo por un año, era más alto, y tenía lo suyo. Esto no prosperó porque éramos muy jóvenes y no teníamos ni idea de lo que era el amor, ¿qué se puede saber de ello a los diez y once años?, así que lo nuestro quedó sólo en una muy bonita y sana amistad, aunque no se podía tapar el sol con una mano, cada vez que estábamos juntos se podía sentir en el ambiente ese gusto mutuo que había entre los dos, tanto era la química que teníamos, que nuestros compañeros empezaron a molestarnos, esto no nos importaba y seguíamos como si no escucháramos nada; hasta el día de hoy guardo en el baúl de los recuerdos ese pequeño marco que me regaló con la siguiente leyenda “si esa persona es especial para ti, no sueltes su mano, y permanece cerca de ella siempre”, atentamente Julián, para Julieta, y esto encerrado en un corazón, ¡qué romántico, verdad!

Para ese entonces estaba terminando mi primaria y de nuevo tenía que cambiar de colegio y amigos, el motivo de esto era que mis papás querían que estudiara en un colegio femenino, donde estuviera a salvo de chicos patanes, y tal vez de las tentaciones que se producen al llegar a la adolescencia. Esta idea no me convencía del todo, ya que tenía que volver a dejar en el camino a personas muy chéveres, con las cuales tuve una gran afinidad desde el primer día que puse un pie en esa escuela. Por más que quieras hacer sentir tu voz de protesta, es imposible conseguir que te hagan caso, a esa escasa edad de diez años no puedes imponer lo que quieres a tus padres, pues al fin y al cabo ellos siempre saben lo que

quieren para sus hijos, y lo único que desean es que tengamos un buen futuro y no pasemos por las mismas dificultades que se presentaron en sus vidas.

En el año 2006 empezó una nueva etapa para mi vida, daría inicio a lo que para muchos era una pesadilla, el temido bachillerato, del cual había escuchado un sinfín de mitos: que los maestros se dedicaban a hacer un infierno la vida de los estudiantes, quien no rindiera en el estudio se quedaría encerrado en el colegio hasta envejecer, y los que corrían con mejor suerte se volverían los multiusos del rector, también que al comenzar las clases la vida social sería sólo un lejano recuerdo de la infancia, y desearías no haber dejado de ser niño. Como todo inocente que cree en las mentiras de las personas malintencionadas, ibas prevenido a lo que sería tu segundo hogar por seis años más, pero al ver que no pasó nada el primer día de clases y que llegas sano y salvo a casa, las mentiras que te han echado se desmoronan rápidamente y anhelas volver allí al otro día, esperando ver que te depara el destino en todos los aspectos durante ese año que has empezado con todas las ganas para comenzar a labrar tu camino hacia el éxito.

En este colegio conocido como el Marinita Otero viví cuatro años maravillosos al lado de chicas increíbles, la enseñanza era muy buena hasta que empezaron a irse los profesores que le daban peso a la educación allí, o sea dos años después. Mientras esto ocurría aproveché lo que más pude a estos excelentes maestros, sobre todo al de matemáticas, el de español, y biología, materias de las cuales estaba enamorada, no hallaba la hora de volver a ver cada semana un tema nuevo. Con el profe de español, Migue, tuve una muy buena relación, no perdía la oportunidad para aprender más de sus conocimientos, sabía muchísimo de literatura, cada tema que hablaba con él respecto a ésta hacían que me interesara más en ella, de llegar a mi casa, tomar uno de los libros de la biblioteca de mis padres, y devorarlo por completo para comentarle a la semana siguiente sobre éste, y me diera sus observaciones para guardarlas en mi disco duro, lugar donde sólo tengo acceso yo

y nadie más, por lo que es difícil que borren de ahí tantos buenos consejos que me dio Migue sobre el arte de leer y escribir; además este hombre encantador veía en mí un potencial para explotar aún más la habilidad de escribir sobre cualquier tema que me llamara la atención; sinceramente este tipazo tenía un gran intelectual que se estaba desperdiciando, por más que él quisiera enseñarnos todo lo que sabía, tenía unos currículos que seguir impuestos por su jefe, motivo que lo impulsó a abrirse camino en otra parte, se fue para Pereira a ser docente de la universidad pública, esto me llenó el corazón de alegría, pero a la vez de tristeza porque ya no podía seguir aprendiendo de este gran hombre, que seguirá siempre presente en mi mente.

En mi paso de sexto a noveno por este colegio, siempre tuve una muy buena rival, Stefanie, con ella nos dábamos guerra para ganarnos la beca que le daban a la mejor estudiante, siempre me ha gustado tener con quien competir, pero de manera limpia y sana, pues esto te hace una persona más segura de lo que eres y tienes, ¿además a quién no le gusta que lo reconozcan cuando es bueno en lo que hace? Yo soy una de ellas, me gusta que mi nombre sea escrito y mencionado cuando mis capacidades, esfuerzos y dedicación sobresalen, y espero que algún día el nombre de Julieta Garcés Pérez sea pronunciado en cada lugar que hay en el mundo. En los cuatro años que hice allí, logré que mi nombre fuera conocido por maestros y alumnas, lo cual me generó una gran felicidad y ganas de seguirla rompiendo donde quiera que fuera. Cuando terminé grado noveno tuve una charla con mis papás, les dije que me gustaría hacer el décimo y el once en un colegio público, donde la exigencia fuera mayor, que con la ida de estos tres profesores la calidad de la educación había bajado, y que en lo posible el cambio fuera al lado de los compañeros y amigos que hice en la escuela; lo bueno fue que ellos también me iban a proponer lo mismo y quedé encantada ese día.

En las vacaciones de diciembre estaba muy pensativa, me imaginaba cómo sería el reencuentro con las personas que había conocido hace seis años, y sobre todo me hacía estas preguntas ¿será que Julián todavía estudia allí, se acordará de mí cuando me vea?, y a esto le sumaba el hecho de que estaba a días de cumplir mis quince primaveras, no quería dejar de ser la niña de mis padres, me aterraba la idea de no saber qué carrera escoger, de equivocarme en la decisión que tomara, de tener que pensar como una chica grande y llenarme de responsabilidades que jamás había experimentado; en ese momento me di cuenta de que no había nada mejor que ser un adolescente y vivir la vida relajadamente, sin pensar en qué voy a trabajar o que haré el año siguiente que no estaré en un salón de clase; yo creo que en ese mes me estresé más de lo habitual, y esto me lo cobró los dolores de cabeza que me daban con frecuencia y me hacían poner de muy mal humor.

Todo esto quedó en el olvido, porque la gran fiesta de quince que me tenían preparada mis padres fue de ensueño, salió mejor de lo que esperaba, a decir verdad no fue mucho el tiempo que se le dedicó a el montaje del vals que bailarían con mis amigos del barrio y las chicas con las que había construido una excelente relación en cuatro años de básica secundaria; recuerdo tanto ese momento, las ventanas de mi casa estaban adornadas con globos rosados y blancos al igual que el antejardín, en la puerta había un precioso arreglo floral de rosas rojas, las cuales son las favoritas de mi mamá y mi abuela, las sillas de los invitados tenían pétalos, y la mía tenía un agregado especial, estaba forrada de terciopelo rojo y el espaldar tenía una corona de rosas blancas que formaba un arco; era realmente fantástico, no me la creía, parecía que estuviera viviendo un *deja vú*, había soñado tanto una fiesta de ese calibre, que en algún momento le dije a mi hermano Jerónimo que me diera un pellizco, éste ni corto ni perezoso me lo dio y hasta se lo agradecí, porque me di cuenta de no era un sueño, que de verdad estaba sucediendo ese mágico momento, el cual no quería que terminara jamás.

Pero el momento que más me marcó esa noche fue tener el primer baile con mi papá, tenerlo frente a frente y verle sus lindos ojos claros con abundantes lágrimas, y escuchar pronunciar las siguientes palabras “Hija mía, para mí siempre serás mi niñita, así estés casada o tengas una familia seguirás siendo la niña de mis ojos, eres la única hija que tengo, prometo protegerte y apoyarte hasta el último día de mi existencia”; fueron tan bonitas y emotivas sus palabras que no pude evitar llorar, ni que el lápiz que había puesto mi mamá minutos atrás no se corriera, apenas terminó de decirme esto, le di un gran abrazo que duró unos tres minutos y un gran beso en su afeitada y suave mejilla, después nos miramos a los ojos y seguimos bailando el mejor baile que he tenido en mi vida, valga la redundancia.

También pude ver a mi abuela y a mi mamá derramar lágrimas por montones, pues es muy emotivo y nostálgico ver que la niña que correteaba, pintaba las paredes, y hacía pataletas con tal de conseguir lo que quería hace unos años atrás, ese día estuviera convirtiéndose en una mujer a punto de abrir sus alas en busca de su propio camino; también es la edad más importante de una chica, la cual no se puede dejar pasar, por eso hay que celebrarlos por todo lo alto; entendía muy bien su emoción, ellas me quieren mucho, y ver que yo podía tener la fiesta que ninguna de las dos tuvo, hacía aún más especial y memorable ese momento. Siento que soy una privilegiada, gracias a Dios tengo una familia amorosa que se preocupa por mí y me brinda todo lo necesario para que lleve a cabo mis sueños; a comparación de la vida dura que han tenido mis padres y abuela, a mí me ha tocado un poco más fácil en cuestiones económicas, por lo que debo esforzarme mucho para alcanzar mis metas y darles lo mejor por todo lo bueno que me han dado.

Mi cumpleaños número quince ha sido la mejor experiencia que he tenido; el mes de enero por lo general no es de mi agrado, pero el del año 2011 fue muy divertido y enriquecedor; con mi familia no teníamos pensado salir de la ciudad, fue una cuñada de mi mamá quien la convenció de viajar, ¿a dónde?, pues nada más ni nada menos que a San Lorenzo, el

pueblo donde nació y se crió mi abuela Carmenza; cuando escuché el destino al cual emprenderíamos viaje, me generé todo tipo de expectativas, ya que había oído hablar a mi abuela de las cosas bonitas que vivió allá y todo tipo de anécdotas que se puedan imaginar; no dudé en darle bombo a mi mamá para que aceptara; esa misma tarde empacamos de afán las maletas, mi papá sacó el carro y arrancamos, eran siete horas en carretera, las cuales no se sintieron porque yo llevaba mi reproductor de mp3, mis hermanos llevaban sus nintendos, y mis padres disfrutaban de una amena charla. Mi abuela no viajó con nosotros porque había escuchado a gente que conoce del pueblo y que reside en la ciudad, que la carretera estaba en muy mal estado y que ya no serían siete horas para llegar allá, sino diez u once, entonces nos deseó lo mejor, nos dio la bendición y nos encargó que le trajéramos su plato favorito, un par de suculentos cuyes.

Llegamos cerca de la media noche a la casa de la tía de la cuñada de mi mamá, ya los ojos no nos daban más, lo único que queríamos era una cama para poder descansar y recargar energías; al otro día nos levantamos con muchas ganas de salir a mirar el pueblo, de conocer el interior de la única iglesia que hay, de ir a la plaza central a disfrutar del ambiente carnalero; era cinco de enero, ese día sólo se podía echar betún negro y rojo en la cara, porque el alcalde tenía prohibido jugar con agua; salimos de la casa sin nada para jugar, llamamos a mi abuela para decirle que ya habíamos llegado y que nos disponíamos a dar un tour por su querido pueblo, luego subimos hasta el nuevo San Lorenzo y pudimos disfrutar del hermoso paisaje que se ve desde la montaña, entre ello, unas casitas con techos de tejas cafés, algunos de lata porque funcionan como viveros, también se visualizaba el viejo San Lorenzo donde sobresalía la cúpula de la iglesia y la hilera de vendedores en la plaza.

Al volver, doña Gerbacia nos tenía preparados unos deliciosos frijoles sazonados con especias, carne frita y jugo de mora, comimos despacio para poder sentir la sazón de la que

tanto habla mi abuela; allá cocinan todo con leña, tienen hornos de barro, que aprovechan para hacer pan y venderlos.

Alrededor de las tres de la tarde salimos de nuevo a la plaza central a jugar un rato, eso sí, nos volvieron nada, regresamos a las cinco y media, tomamos una ducha, comimos, y salimos otra vez a bailar. Llegamos a las siete pasadas, habían puesto sillas alrededor de la plaza, y el centro de ella estaba completamente despejado; desde que llegamos pude percibir que un chico no me quitaba la mirada de encima, a la cuarta canción que sonó por fin se decidió a sacarme a la pista, su nombre era John, hablamos lo que duró la canción, pero no sería la única que bailaríamos, fueron cinco en total, hasta que mi papá se enojó y no me dejó bailar más, y tuve que quedarme sentada con Marina, quien me hablaba de cosas sin importancia, y yo diciéndole que no a todo el que me extendía su mano para azotar baldosa como dice mi mamá; luego de unos buenos tragos y de dejar bien brillante la pista de baile por parte de los mayores de edad con los que andábamos, nos fuimos a dormir súper cansados, y a la espera de un largo día lleno de grandes sorpresas.

Era seis de enero, ese día sólo se podía jugar con harina; recuerdo que me alisté, me puse una camisa de tiras color rosa, un short habano, y unos zapatos converse que eran mis favoritos en ese tiempo; salimos de la casa, mi mamá, su cuñada y yo, a recoger un encargo que había hecho Marina dos días antes de que llegáramos, se trataba de un plato que no había probado jamás en mi vida, y que según comentarios de las personas del pueblo, el sabor de ese animal era igual al del pollo, pues a mí me pareció que éste sabía mucho mejor, y no, no era cuy, se trataba de dos conejos asados con papas al vapor, muy agradables a la vista por cierto, la presentación estaba fabulosa; ya han pasado siete años de lo que mi exquisito paladar probó esto.

Bueno, llegamos a la casa de la señora Emperatriz y nos entregó el encargo en una bandeja envuelta con aluminio; de camino a casa unos jóvenes nos volvieron nada, quedamos blancas por todos lados, incluyendo nuestra comida; cuando llegamos a la cocina, Marina le quitó suavemente el aluminio a la bandeja para que no se fuera a contaminar nuestro almuerzo, todo salió bien, los conejos estaba intactos, a cada uno nos tocó de una buena porción, éramos nueve los que estábamos vacacionando en la casa de doña Gerbacia.

Una hora después de haber reposado, salimos ahora sí los cinco junto con mi prima Kate (así le decía yo de cariño y también para ahorrar un poco de saliva con lo largo de su nombre) hacia la plaza central a divertirnos un rato; de camino hacia allá, una niña que no tenía ni idea de lo que era jugar sin brusquedad, me lanzó en el ojo izquierdo una enorme cantidad de harina, haciendo que perdiera la visibilidad por un momento; mis papás se pusieron furiosos con el acto de esta niña, es verdad que uno se arriesga a que pase de todo cuando sale a la calle en esas fechas de fiesta, pero es que hay algunos que se pasan, qué pensarán ellos, si es que lo hacen, cuando tiran estas cosas sin mirar a donde caerá.

Por este inconveniente me tocó devolverme a la casa con mi mamá y Kate; lo primero que hice fue acercarme al patio y poner el ojo en la llave que había en el tanque, lo que sentí... fue un ardor insoportable al cerrarlo por completo, podía palpar los grumos de harina que se habían hecho al entrar en contacto con mi lacrimal; me hice un lavado unas cuatro veces, pero no salió todo lo que había dentro, el ojo se me puso muy rojo y hasta se inflamó el párpado, mientras tanto mi papá y mis hermanos iban a la plaza sin ninguna protección en sus rostros. En la noche mi mamá me volvió a hacer lavados, pero esta vez le echó azúcar al agua, con esto sentí que el ardor calmó un poco, y que debía esperar hasta el otro día qué novedad presentara mi pobre ojito.

A la mañana siguiente, gracias a Dios mi visión mejoró, las imágenes se presentaban ante mí un poco más claras, la inflamación del párpado era menor al igual que la irritación. Los planes para ese día era ir a misa a primera hora, para agradecer al de arriba por todo lo bueno que nos había dejado el año 2010 y pedirle mucha salud, protección, prosperidad, trabajo para toda la familia, un buen rendimiento académico, y sobre todo mucho amor y unión familiar en ese año nuevo que apenas estaba iniciando. Estuvimos en la iglesia una hora conversando con el párroco, escuchando atentamente sus sabios consejos para no caer en la tentación, que se puede encontrar en la vuelta de la esquina en forma de cualquier cosa. Esa era nuestra última noche allí, ya que en la madrugada partiríamos de nuevo para Popayán, nos tocaba estar preparados para aguantar ese frío tan bravo que hacía a las cinco de la mañana, y volver a nuestra vida, mi papá al trabajo, y nosotros a repasar para regresar bien pilos al colegio.

A eso de las once de la mañana estuvimos en mi querida ciudad blanca, lo primero que hice al bajarme del carro fue darle un fuerte abrazo a mi abuela Carmenza, me hizo una falta enorme, no estaba acostumbrada a dejarla de ver por tantos días, ya que constantemente la visitamos en su casa. Yo creo que ella estaba pegada a la ventana, porque no fue sino que las puertas del carro se cerraran para que saliera a la calle a recibirnos, lo único malo fue que no pudimos traerle lo que nos encargó, pues los cuyes en San Lorenzo ya no se daban en abundancia como antes; esto no hizo que la sonrisa se le quitara de la cara, porque lo más importante era que habíamos llegado sanos y salvos, y podríamos contarle con lujo de detalles qué tan cambiado estaba el pueblo en su arquitectura, y también decirle si la gente seguía siendo tan hospitalaria como cuando ella vivía allá.

Mi abuela no pudo contener las lágrimas al escuchar hablar de su pueblo, gente, y de lo bonita que se encontraba la iglesia, para ella fue muy especial que nosotros volviéramos a pisar un templo sagrado, ya que desde hace seis años no lo hacíamos; cogió en sus manos

las fotografías que habíamos tomado de la montaña, de la escuela donde estuvo poco tiempo, la parte de afuera de la casa de su madre, mi bisabuela Lucrecia, que ahora le pertenecía a tres familias diferentes, pues su hermano Gonzalo la vendió por partes sin consentimiento de nadie.

En la noche ya estábamos en nuestra dulce morada, nos cepillamos, arreglamos nuestras camas y nos acostamos a dormir para levantarnos al otro día enérgicos a asear la casa; los días pasaban con rapidez, el reencuentro con mis antiguos compañeros de primaria estaba cerca, y yo estaba ansiosa por saber qué pasaría; debo confesar que esas dos últimas semanas antes de dar inicio a un nuevo año lectivo no dormía bien, y pensaba en qué les iba a decir después de tanto tiempo sin vernos.

El tan anhelado día había llegado, estaba a puertas de terminar el bachillerato, me faltaban dos años para lograr otro triunfo en mi vida y enfocarme en lo que estudiaría los próximos cinco; yo era la única nueva del salón, mis compañeros no me quitaban la mirada de encima, fue un momento incómodo, hasta que por fin llegó el coordinador a presentarme y darme la bienvenida a uno de los mejores colegios públicos de la ciudad, y me siento muy orgullosa de ser egresada del José Eusebio Caro, conocido anteriormente como la Normal de varones. Los primeros en acercarse a mí fueron la caleña y el abuelo, con quienes tuve una química instantánea, no perdí la oportunidad de preguntarles por Yesica, Martín, y Julián, los más cercanos a mí en la niñez; me dijeron que en efecto ellos sí continuaban allí; Martín estaba en el mismo salón, Yesica estaba dos salones más arriba y de Julián no tenían referencia.

A la hora del descanso, la caleña me presentó a su parche conformado por cinco niñas más; al principio todo era bueno, pero después vinieron los inconvenientes, eran unas hipócritas entre ellas; me tomé el tiempo de conocerlas una a una, y sin exagerar, con la que tenía una conversación me hablaba pestes de las demás, sobre todo de la caleña, quien tenía un

carácter fuerte y no tenía pelos en la lengua para cantarle la tabla a quien fuera, sobre todo a esas inmaduras que se hacían llamar amigas. Con ellas duré tres meses, sinceramente no aguantaba más ese lleva y trae chismes, ni que estuvieran rajando de todos, así que preferí dar un paso al costado y recuperar mi tranquilidad, ahora mi grupo era el abuelo, la caleña y el viejo Martín.

Dos meses después me encontré de frente con Yesica, al parecer la caleña le había hablado de mí, de que nos conocíamos hace seis años; no dudamos en darnos un cariñoso abrazo y de acordarnos cuando bailábamos en los actos culturales de la escuela, de nuestras risas en clase y de muchas cosas más; desde ese día empezamos a salir sin falta a la hora del descanso junto con los demás. En lo académico me fue muy bien, seguía causando interés con mi forma de escribir y por la buena ortografía que tenía; mi profe de español, la paisita, me insistía constantemente en que estudiara literatura, ¡ay, qué bellos recuerdos me dejó esta mujer!, fue muy triste cuando nos dejó a mitad de grado once, porque los administrativos la mandaron a su casa a disfrutar de su pensión sin ella querer abandonarnos, y sin dejar que le hiciéramos una merecida despedida; me dio muy duro, qué les costaba dejarla seis meses más, que terminara ese año lectivo con nosotros; su salida fue muy confusa, perdimos a una de las mejores docentes del departamento de literatura, porque su reemplazo no dio pie con bola, ese señor era alto con complejo de humorista, la única que se reiría de sus bobadas sería su mamá, y eso por ser la persona que lo trajo al mundo.

Un año después estaba por finalizar el bachillerato, me sentía bien al lado de mis amigos, aprendiendo cosas nuevas de filosofía, química, cálculo, y le perdí un poco el gusto al español con la salida de la paisita; para ese tiempo la profe de inglés me pidió que representara al colegio en las olimpiadas que se organizarían en el colegio Madre Laura, acepté encantada, pues me fascina ese idioma y tengo un buen nivel en él, no defraudé y

salí victoriosa; a la semana siguiente recibí un reconocimiento por parte de mi institución; tres semanas después, por fin había llegado el gran día, estaba frente al espejo peinándome y dándole el último toque al vestido, podía ver en la cara de mis padres y mi abuela, el orgullo y felicidad que sentían por mi gran logro; alistamos la boletas de entrada al teatro más grande de la ciudad de Popayán, donde se llevaría a cabo la ceremonia, fue hermoso ese momento, subir a la tarima a recibir mi diploma de bachiller, estrechar la mano de los profes que se encontraban en la mesa, de quienes aprendí mucho en esos dos extraordinarios años, también desfilas segura por esa larga pasarela... mientras los fotógrafos capturan ese hermoso momento de lágrimas y una cantidad inexplicable de emociones que se reflejan en la cara de cada graduando, ¡es maravilloso, épico y memorable!; además de los expresivos abrazos y las emotivas palabras de los compañeros que estuvieron conmigo durante ese tiempo, concluyendo todos en el centro del teatro, formando un círculo, tomándonos de las manos, y dándonos un hasta pronto, que en un futuro no muy lejano nos encontremos y recordemos aquellas historias que hicieron grande la etapa del colegio. Todo esto me sacó más lágrimas que cuando me llenaron el ojo de harina, ahora el siguiente paso era ingresar a la universidad a estudiar contaduría.

De verdad que fue una frustración no haber ingresado en ese entonces a la universidad pública, por lo que no me quedó de otra que estudiar en una privada; alcancé a hacer dos semestres, pero mientras más avanzaba el tiempo me daba cuenta que eso no me hacía feliz, no me llenaba, así que decidí aclarar mis ideas; en las noches me ponía a pensar, que en todo el tiempo que llevaba estudiando siempre fui buena para las letras, y a eso le sumé la recomendación que mi profe querida me había dado de estudiar literatura; por fin había despejado mis dudas, respiré hondo, tomé valor y decidí comunicarle a mis padres la decisión que había tomado de presentarme una vez más a la universidad del Cauca, pero esta vez a la carrera de Español y Literatura; lo bueno fue que no le vieron problema y me

apoyaron, me dijeron que estudiara lo que me apasionara, y que si eso era lo que quería para mi vida, lo hiciera sin dudarlo.

Me dediqué a estudiar con mucha dedicación para presentar las pruebas, eso era decisivo, sí o sí tenía que ingresar, ya estaba segura de que esa era la carrera que realmente deseaba, y eso se vio reflejado en los resultados de admitidos, por fin mi número de cédula apareció en verde; cuando mi hermano Diego me dio la noticia, mi corazón latía con más fuerza, mis padres no pudieron contener las lágrimas y yo tampoco. Todo esto no hubiera sido posible sin la ayuda de Dios, el apoyo de mi familia, y la perseverancia que le puse a esto desde el momento que tuve claro lo que quería para mi futuro.

Hoy en día me encuentro estudiando en una de las mejores universidades públicas del país, la prestigiosa y reconocida Universidad del Cauca, en donde me encuentro haciendo mi trabajo de grado y a punto de lograr una nueva meta a mi corta edad, a punto de sacar de nuevo el pañuelo para el día de la ceremonia de graduación, un momento esperado por todo estudiante que se ha esforzado por hacer realidad ese sueño.

V. UNA PLEGARIA AL CIELO

En este último año, mi abuela nos ha reiterado su deseo de volver al pueblo para las fiestas de San Lorencito como le dice ella, quiere mirar con sus propios ojos qué tanto ha cambiado el lugar donde se crió, y quiénes permanecen allá; anhela pisar de nuevo el suelo sagrado de la iglesia, y también, si su estado físico se lo permite le gustaría subir a la montaña a visualizar de forma panorámica todo el pueblo, y sobre todo asistir a las procesiones del santo durante toda la semana.

Mi familia y yo nos encontrábamos reunidos en la sala, hablando sobre lo que traerá el año 2019 en todos los aspectos, por una parte está la entrada a la universidad de mi hermano menor Diego que estudiará administración de empresas; Jerónimo pasa a mitad de carrera de geografía, y yo, si Dios lo permite, espero terminar con las materias del pénsum, sustentar mi trabajo de grado y recibir mi título universitario para el segundo período de este año; estábamos en plena charla cuando alguien tocó la puerta, mi mamá se asomó por la ventana, sonrió y sin vacilar abrió; era mi abuela que había llegado a visitarnos en compañía de mi tío Javier, y a comentarnos lo que le encantaría hacer para el mes de agosto, del primero al diez para ser más exactos.

—Mijita, me gustaría que toda la familia fuera a San Lorenzo, para que disfruten de las fiestas de San Lorencito, ya que hace ocho años ustedes fueron, pero no para ese tiempo —dijo la mujer de cabellos de nieve. —No sé Carmenza —Antonia tenía la costumbre de llamar por el nombre a su madre desde hace un buen rato —hace diez años teníamos el carrito y el transporte estaba asegurado, ¿pero ahora en qué nos iríamos?, ustedes saben que a mí no se me da eso de viajar en bus, porque la apretazón y la mezcla de olores me producen mareo, si conseguimos un carro que sea cómodo y nos lleve a todos, me apunto al paseo.

Mis hermanos y yo teníamos la duda de si en el pueblo había cobertura para la señal de internet, ya que la última vez que fuimos la señal telefónica era pésima y nos costó trabajo comunicarnos con mi abuela. —Pues, yo tengo un tío que tiene una camioneta, donde perfectamente cabríamos los siete, ¿vas a ir o qué Javier? — preguntó Alfonso. —No, yo no voy, para esa fecha estoy trabajando, no ves que mis vacaciones son en abril y julio, la otra sería rogarle a este man de Vladimir que me cambie el mes, que él salga a vacaciones en julio y yo en Agosto —respondió Javier. —Uh vos, siempre sacando excusas, que no tengo plata, que me toca cuidar la casa de mi suegra, y ahora no podés hablar directamente con tu jefe para que te haga el catorce —exclamó un poco molesta Antonia. —Verdad, voy a hablar mejor con ese man a ver qué me dice, pero de aquí a allá todavía faltan siete meses, entonces tengo que hacerme notar para que el jefe afloje —dijo Javier. —Pues sí mijito, a portarse bien para que nos vamos para el pueblo a hacerle las novenas a san Lorencito —se le oía emocionada a Carmenza. —Entonces yo voy a hablar con mi tío Reinaldo para que nos haga el favor de llevarnos, y no se va a comprometer con alguien más, es que él a veces hace viajes a donde le salga —agregó Alfonso. —Entonces no se diga más, así quedamos, si Dios nos da vida, volveremos a San Lorenzo y ojalá podamos conseguir unos cuicitos para deleitar el paladar —dijo Antonia.

MES DE JUNIO

Ya han pasado cinco meses de aquella conversación con mi abuela; en este momento me encuentro afuera del auditorio de la facultad a punto de exponer mi trabajo de grado, en el cual he trabajado desde hace tres años, día y noche, y en realidad no es fácil, hay momentos en que la inspiración parece estar peleada contigo, no te visita como lo hacía a menudo, pero hay que ser pacientes, tarde o temprano vuelve a posarse sobre ti, para que hagas de

tu obra una verdadera delicia a los ojos de los lectores y críticos que van a evaluar tu proceso escritural y el paso por la universidad. Somos diez los que vamos a mostrar el día de hoy nuestros trabajos de creación literaria, yo soy la quinta en salir adelante ante el respetuoso y admirado jurado, mis profes, de quienes aprendí a escuchar, a exigirme más cada día, tomar el hábito de andar cargando una libreta para anotar hasta la idea más tonta que le dará origen a algo muy grande y resonante, de no rendirnos a la primera cuando nos digan que no, porque en esta vida escucharemos muchísimas veces ese monosílabo, o tal vez en una próxima ocasión será, siga intentando, y lo que para alguien no es interesante, para otro es el inicio de una larga relación profesional, porque como dice el dicho “donde se cierra una puerta, se abre otra”. Estoy sentada, los nervios juegan conmigo, estoy a segundos de pararme ante ellos, sólo espero que todo salga bien con la ayuda de Dios. Llevo quince minutos hablando de mi trabajo y puedo notar en la cara de los profes, felicidad, orgullo, y satisfacción con lo que estoy diciendo; veinte minutos y quince segundos, he terminado y los aplausos no se hacen esperar, estoy emocionadísima, ya quiero saber lo que piensan los jurados; cada uno me da su opinión y me felicitan, gracias a Dios he pasado esta difícil prueba, ya quiero llamar a mis padres para decirles cómo me fue, y que en unos dos o tres meses estaré entrando al paraninfo con un hermoso vestido azul turquesa, con ellos cogiéndome de gancho a lado y lado.

MES DE AGOSTO

Nos alistamos para coger carretera, al fin mi tío Javier sí va a viajar con nosotros, y mi padre logró que su tío Reinaldo nos hiciera el favor de llevarnos en su camioneta hasta San Lorenzo; son exactamente las seis de la mañana, aspiramos estar allá a eso de la una de la tarde; me puse los audífonos y le di modo aleatorio a mi playlist, ¡uy, cómo me gusta esa

canción!, es perfecta para dedicar ♪ De mi vida te boté, yo te boté, te di banda y te solté, pa' el carajo te mandé... ♪, mientras los demás escuchan esa emisora donde pasan baladas de como hace cuarenta años.

Llegamos al pueblo a eso de las dos de la tarde y mi abuela se dispuso a decir algunas palabras —Bueno hijitos, gracias a Dios hemos llegado sanos y salvos, yo venía toda asustada con ese poco de curvas que hay. Ahora sí, tomémonos de las manos y elevemos una plegaria al padre celestial por habernos traído con bien y también a san Lorencito, por quien estamos aquí.

Cuando terminé de decir lo que tenía para ellos, empecé a caminar agarrada del brazo de mi hija, mis pasos son cortos por el dolor de mis articulaciones, pero eso no le hace, porque estoy demasiado contenta para azararme por eso, al fin y al cabo, lento o despacio vamos a llegar de todos modos. Mi primera impresión al volver a pisar mi pueblito fue de felicidad y nostalgia, pues hace cincuenta y siete años me fui de aquí con mi esposo y mis tres hijos a la ciudad en busca de un futuro mejor, y vaya que valió la pena, porque yo era una de la que poco le apostaba a tener una mejor vida allá; cómo me gustaría en este momento tener vivos a mis viejitos para abrazarlos una vez más y decirles cuanto los quiero y extraño. Seguimos el recorrido y llegamos a la iglesia, ¡qué bonita que está!, cómo le han metido mano a la fachada, sólo falta ver cómo se encuentra por dentro.

—Buenas tardes hijos, bienvenidos a la casa de Dios, en qué les puedo servir —preguntó el padre. —Buenas tardes padrecito, sólo venimos a charlar un rato con el de arriba y agradecerle por lo bueno que ha sido con nosotros —respondió Carmenza con una sonrisa. —Bueno hijos, quedan en su casa, les pido un permiso —dijo el padre.

De verdad no podía creer que estaba en mi pueblito, donde conocí a mis buenos amigos, tuve mi primer romance con mi primo Enrique, del cual no volví a saber nada después de él

prometerme que en su vida volvería a pisar una iglesia, yo sólo le pido a Dios que lo tenga con bien. — ¿Si se acuerda mijita de aquí, cuando venía con su abuela a confesar todas las travesuras que hacía con sus amiguitos? —preguntó Carmenza. —¿Travesuras, yo?, no me acuerdo, además yo era un angelito cuando era niña —respondió Antonia. —Qué venís a hablar si vos eras una piquiña de Chiquita, por eso me tocaba garrotearte —dijo Carmenza con gracia. —De esas muendas sí me acuerdo Carmenza, ahora vayamos a comer algo, que me suenan las tripas.

—Ve, esto ha sabido ser bonito por acá, más que las fotos que me habías mostrado Carmenza —opinó Javie. —Me he cansado de decirles que esto por acá es bello. —Pero te quedaste corta al describirlo —afirmó Javier. Ahora el plan a seguir era subir a la montaña a visualizar el paisaje. —Qué lindo que está esto por acá, ¿sino les molesta podemos ir a ver la casa donde crecí, aunque sea desde afuera? —preguntó Carmenza, a lo que nadie se negó —miren que linda esa fachada, aunque cuando nosotros vivíamos aquí era mejor —dijo la mayor de las mujeres.

Después de ese agradable recorrido nos fuimos a la casa de misia Gerbacia, a comer y a bañarnos, para alistarnos temprano para la novena de san Lorencito.

El reloj marcó las siete de la noche y nosotros ya estábamos en la puerta de la iglesia esperando a que saliera la procesión; pasaron diez minutos y dimos inicio al primer día de novena, en ese instante se me vinieron a la cabeza los recuerdos de niña que pasé con Margot, Ismael, Isabel, y otros vecinos, cuando nos encontrábamos en este mismo lugar para llevar a cabo nuestros planes; primero nos hacíamos en la última hilera de gente, disimulábamos que llegaríamos hasta el punto de llegada, pero cuando iban por la casa de Ñor Romualdo, de a uno empezábamos a salirnos de la procesión para dirigirnos a una pequeña quebradita a contar historias del pueblo. ¡Qué época de inocencia!, ahora todo es

diferente, espero que Dios me de vida para poder asistir todas las noches de esta semana a pedirle a san Lorencito por mi familia, mi yerno, y para que nos siga ayudando como lo ha hecho hasta ahora, y también agradecerle por los favores recibidos. Hoy voy en primera fila con mi vela, mi mantilla negra y la ruana que no puede faltar para este frío tan duro.

Mi esposo Alfonso y yo vamos detrás de mi cuchita, cada uno con una vela blanca, cuidando de que la llama de la prosperidad no se apague por ningún motivo, el viento está fuerte, no recuerdo que hubiera sido así hace ocho años que vinimos, pero la verdad es que esa vez estábamos en otro cuento, y además con el calor del baile y entre copa y copa de ron, nada se sentía, ni el cansancio de estar toda la noche de pie brillando hebillas. Lo que le quiero pedir a san Lorencito para estos cuatro meses que faltan de año, es que nos permita estar más unidos, que a mi hija Julieta le salga todo bien en su grado, que es en dos meses, que consiga trabajo muy rápido y haga realidad todo lo que se proponga, que consiga un buen muchacho que la respete, la ame y la valore, también que nos de mucha salud, bienestar, y sabiduría a mis otros dos hijos para que saquen adelante sus carreras como lo hizo su hermana, a punta de dedicación y pasión por todo lo que están haciendo. Yo no soy mucho de salir a procesiones como cuando era niña, que mi cuchita me llevaba, pero he visto como san Lorencito a obrado en la vida de mi abuela, de Carmenza, de todo lo que las ha ayudado cuando estuvieron mal en su salud, eso me llena el corazón y hace querer darme una oportunidad con él, algo como una ayuda extra, porque el primero en mi vida y a quien siempre le he orado sobre todas las cosas es a Jehová.

Mis hermanos y yo vamos detrás de mis papás, escuchando las oraciones que repiten los feligreses con mucha fe; yo no soy mucho de ir a lugares para que vean que pertenezco a una religión, me gusta más estar en la comodidad de mi habitación hablando con Dios, alabándole y agradeciéndole por todo lo bueno que me ha dado, empezando por la familia hermosa que me regaló, los cuales me inspiran a ser mejor cada día para que haga las

cosas con amor, pasión y ganas, porque no hay nada peor que amarrarse a cosas que no nos llenan el alma y lo que hacen es quitarnos la felicidad y arrebatarnos la vida de a poquitos. Levanto mi cabeza hacia el cielo, miro las abundantes estrellas que hay en la noche de hoy, le pido a Dios por mis padres, hermanos, abuela, mis tíos, la salud, y que nos provea de aquí en adelante mucha prosperidad, trabajo, unión familiar, y sobre todo que nunca perdamos la humildad, estemos en la posición que estemos, porque tengo mucha fe y confianza de que vamos a llegar muy lejos, y los apellidos Garcés Pérez resonarán en todo el mundo, siendo muy optimistas, hay que soñar en grande para que así mismo vengan grandes bendiciones, no hay que ser conformistas, ya que si lo sueñas es posible, y con el de arriba de nuestro lado, aún más.

Las tres mujeres subieron de nuevo a la cima donde se encuentra la iglesia, se tomaron de las manos y Carmenza empezó a decir en voz alta las siguientes palabras “no importa que difícil sea la situación, siempre hay que levantarse, sacudirse el polvo y arrancar de nuevo, pues cada inconveniente de la vida tiene una solución, si no miremos por todo lo que hemos tenido que pasar, y gracias al todo poderoso estamos hoy aquí en el lugar que le dio origen a todo”.

BIBLIOGRAFÍA

Aguiar e Silva, Vítor Manuel. (1986). *Teoría de la Literatura (La creación poética)*.

Madrid, España: Gredos.

Bachelard, Gastón. (1957). *La poética del espacio*. París, Francia: Presses

Universitaires de France.

Colomer, Teresa. (2005). *Andar entre libros, la lectura literaria en la escuela*. Ciudad

de México, México: Fondo de Cultura Económica.

Iriarte Cadena, Antonio. (2004). *El arte de maravillar. Artículos y ensayos*. Neiva,

Colombia: Guadalupe.

Ferrón, Mariela Katrín. (2019). *Echar raíces: desarraigo y pérdida de identidad*.

Recuperado el 24 de julio de 2019 de: <http://letraurbana.com/articulos/echar-raices-desarraigo-y-perdida-de-identidad/>

Kundera, Milán. (1987). *El arte de la novela*. Barcelona, España: Tusquets editores.

Lerner, Delia. (2001). *Leer y escribir en la escuela: lo real, lo posible y lo necesario*.

Ciudad de México, México: Fondo de Cultura Económica.

MEN (Ministerio de Educación Nacional). (1998). *Lineamientos curriculares*. Bogotá,

Colombia: Cooperativa Editorial Magisterio. Recuperado de https://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-339975_recurso_6.pdf

Pino, Juan Carlos. (2009). *Noche de fusiles*. Colombia: Diputación de ciudad real.

Rama, Ángel. (1983). *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.

Rilke, Rainer María. (1929). *Cartas a un joven poeta*. Frankfurt, Alemania: Insel Verlag.

Saavedra, Sneider. (2011). "La creación literaria en el ámbito educativo: De la estructura superficial a la Construcción narrativa de la realidad". *Lenguaje*, 39 (2), 395-417.

Simone, Weil. (1949). *Echar raíces*. París, Francia: Routledge.

Soto Aparicio, Fernando. (1962). *La rebelión de las ratas*. Colombia: Plaza & Janés S.A.

Valencia Calle, Marco Antonio (2003). *Oscuro por Claritas*. Popayán, Colombia: Trueque.

Yory, Carlos Mario. (2007). Del Espacio Ocupado Al Lugar Habitado: Una aproximación al concepto de topofilia. *Serie Ciudad y Hábitat*, (12), 47-64.